

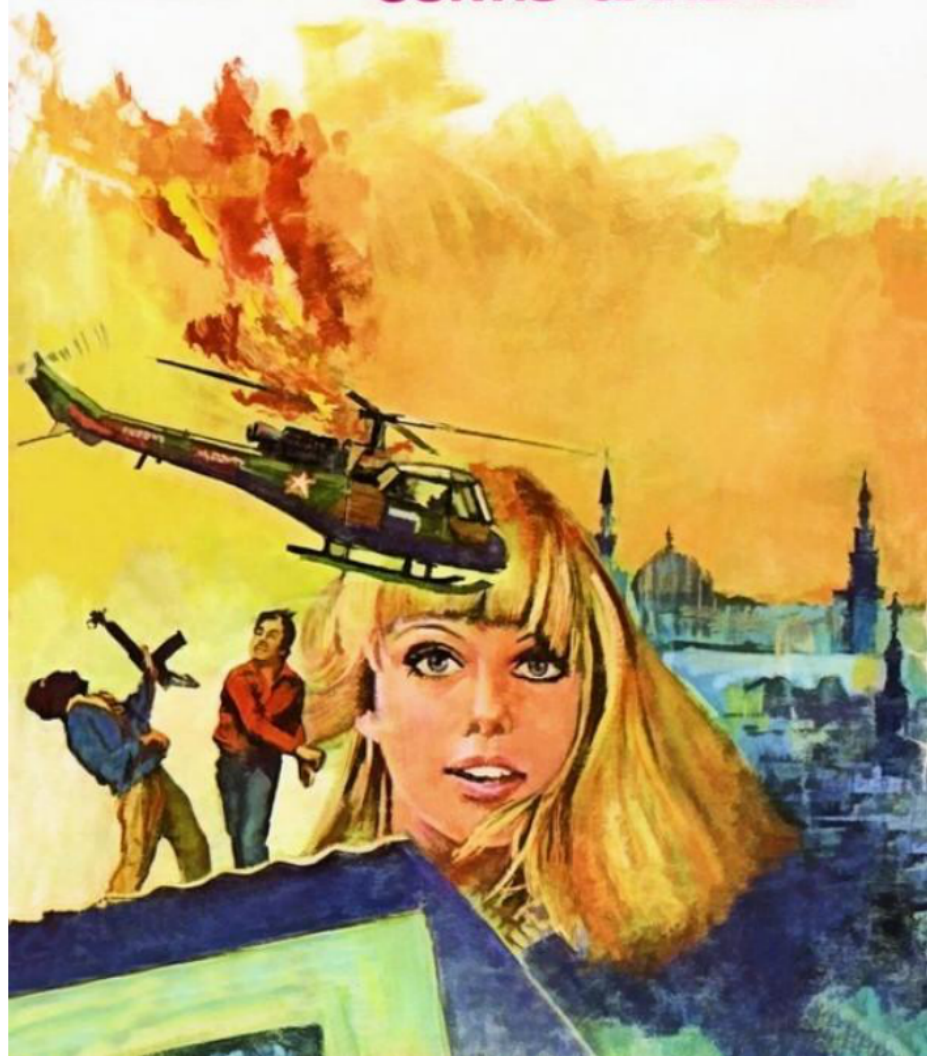
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

sabotaje en Oriente Medio

CURTIS GARLAND



SS

SERVICIO SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.300. — Mi bella asesina.

En Colección PUNTO ROJO:

691. — El asesino que no existía.

En Colección LA HUELLA:

35. — Dragón de Chinatown.

CURTIS GARLAND

SABOTAJE EN ORIENTE MEDIO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1312
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Deposito legal: B. 29.797 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1975

© Curtís Garland – 1975

texto

© Jorge Núñez – 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1975

DEDICATORIA

A ti, compañera de mi vida, que tras conocer la historia de este libro, me sugiriste lo que yo no había encontrado aún, después de darle muchas vueltas: el título del relato.

Creo que ése es el título más adecuado, más acorde con el tema y con su significado, tan actual y tan decisivo para la suerte del mundo superindustrializado de nuestro siglo.

A ti, que diste nombre a la historia, con mi amor y mi gratitud.

El Autor

INTRODUCCIÓN

Esta historia, por supuesto, jamás ha ocurrido.

No quiere decir que no pueda suceder hoy o mañana mismo. O que, en el momento de publicarse esta obra, esté sucediendo ya. O preparándose los últimos detalles del gran golpe.

La aventura, la novela de intriga, disfruta cada vez más de los aditamentos de la llamada política-ficción, que entremezcla caprichosamente, según la imaginación del autor, los hechos imaginarios por completo, los que podrían ser posibles, y los que, siendo reales, se adaptan y amoldan a los sucesos de ficción, creando así, simplemente, una novela sin otra pretensión que entretener, intrigar y divertir, aunque para trazarla se haya recurrido previamente a un legítimo truco, como es el de mezclar en la fantasía novelesca los nombres de personajes y lugares de actualidad, que forman parte de la historia de hoy mismo, de la crónica viva de nuestros días. Eso no altera lo imaginario de los hechos, y sin embargo, da un cariz palpitante de reportaje a la obra que se escribe.

Podríamos mencionar, de pasada, obras como *Chacal y Odessa*, de Forsyth, en las que vemos cómo un imaginario atentado al general De Gaulle o la búsqueda de un criminal de guerra nazi, protegido por una organización internacional de ayuda a los nazis, forman el fondo de un tema de pura y simple ficción novelesca. Sin embargo, llegan a parecer vivos reportajes extraídos de cualquier diario actual.

En España, Gonzalo Suárez ha escrito recientemente *Operación Doble Dos*, en la que se especula con un hipotético —e inexistente, sin duda alguna—, atentado terrorista, en el que las víctimas serían el presidente Eisenhower y el general Franco, cuando su encuentro en Madrid. Es cálido el recurso, porque con lo que se juega es con la simple *posibilidad*, utilizada como un hecho cierto. El autor parte de la base de que lo que nunca sucedió, *pudo* suceder, en buena lógica. Como otra novela norteamericana, llevada al cine, en la que se habla de un supuesto golpe de Estado militar en Estados Unidos, para derribar al presidente e implantar una Junta militar de gobierno, posiblemente más de «halcones» que de «palomas».

Todo eso es política-ficción, pero también es simple y pura novela, apoyada en el aire de realismo que le pueden dar acontecimientos inmediatos, que aún resuenan en los oídos del lector, o cuyas imágenes desfilaron momentos antes por la pantalla del informativo televisado.

Eso es, justamente, *Sabotaje en Oriente Medio*. Sobre el fondo caótico del Oriente Medio actual, unos personajes históricos y cruciales, se convierten en telón de fondo de un drama tenso, de *algo que puede suceder*

en cualquier momento... y que esperemos que nunca suceda.

El petróleo, la crisis energética, los países árabes, Israel, y la amenazante sombra de las grandes potencias, vigilando la trágica partida de ajedrez mundial, son de por sí lo bastante sugestivos y apasionantes para todos nosotros, como para justificar esta pirueta imaginativa del autor.

El petróleo puede arder, sí. Como puede arder Oriente Medio todo. Pero ¿lo puede hacer un día el mundo entero?

Esa es la interrogante que se desprende de nuestra intriga imaginaria y que, en ningún momento, refleja el menor hecho real ni describe cosas que sucedieron, sino sólo las que podrían suceder en cualquier momento.

Primera Parte

LA CRISIS DE LA ENERGÍA

CAPITULO PRIMERO

El hombre de El Cairo lo sabía.

Lo sabía y tenía que decírselo a alguien. No le bastaba con haber intentado comunicarse con aquel radioescucha amigo, de quien solo conocía su voz, su número clave de radiodifusor y poca cosa más. No. No era suficiente. Era preciso revelárselo a quien supiera hacer uso de aquello.

Aún miró, tras de sí, al pequeño cobertizo en el huerto de su casa, allá en las afueras de la ciudad, no lejos de la carretera que llevaba a Gizeh, a las pirámides, a la esfinge, a los espectáculos turísticos de luz y sonido y todo lo *typical* egipcio que atraía visitantes de otros países y de otras razas.

Tal vez valía la pena intentarlo, pensó con aire reflexivo, mordiéndose el labio inferior preocupadamente. Tal vez...

Dudó. Pero tomó una súbita decisión. La que ya había elegido antes. Era mejor irse. Huir. Intentarlo por otros medios. Estaba seguro de que era un peligro seguir intentando la transmisión. Un gran peligro. Aquella gente...

Se estremeció. Pasó una mano por su bronceo rostro de árabe. Transpiraba fuertemente. Y no hacía demasiado calor ese día. El sol estaba algo nublado y hacía bochorno, sí. Pero eso era todo. Él nunca tenía calor. No sudaba tanto como ahora.

Aquella gente... Ellos habían advertido, sin duda, que su conversación radiofónica había sido interceptada. Ellos debieron darse cuenta la segunda vez, porque interrumpieron su emisión, inmediatamente de captarla él y de intentar retransmitirla a su amigo de Trípoli. Noto cómo se cruzaban las ondas, y hasta captó o creyó, captar cómo se avisaban mutuamente dos personas situadas lejos una de otra, indicando el cambio de frecuencia inmediato. Utilizaban el lenguaje internacional de los radioaficionados, por medio del inglés. Y hablaban en clave. Pero la clave había sido muy simple para él en la primera comunicación interceptada. Claro que no todo el mundo era tan aficionado a los jeroglíficos y a las escrituras en clave como el joven Mofta Bey, el ciudadano egipcio a quien el destino eligió para interceptar aquel mensaje cifrado a través de las ondas de los radioaficionados.

Y ahora, Mofta Bey sabía que sus conocimientos implicaban la muerte. La muerte para él, si le localizaban antes de que pudiera hablar con personas capaces de darle crédito. La muerte para otras personas muy

importantes, vitales en la actual historia de la humanidad. Acaso podía ser el principio del fin para otros muchos...

Mofta Bey estaba aterrizado. Su vida, como técnico de radio y televisión, solo y sin familia, había sido demasiado apacible y rutinaria, incluso en un mundo tan convulso y tan violento como aquel que le tocara vivir en esas latitudes donde naciera y se hiciera hombre. Ahora, de repente, se enfrentaba a lo insólito, a lo dramático. A algo que significaba peligro, muerte, quizá destrucción y terror...

Por eso resolvió huir de su pequeña vivienda en las márgenes del Nilo, al sur de la ciudad. Por eso estaba ahora dispuesto a ir adonde fuese, pero no sin antes revelar a otras personas lo que sabía. Lo que temía que pudiera suceder en cualquier momento...

—No puede ser un error —jadeaba, hablando consigo mismo, mientras avanzaba a lo largo de las callejuelas suburbanas, entre autobuses y bicicletas, entre tenderetes y mezquitas, a la claridad del atardecer—. No pude equivocarme. Escuché esas palabras. Sé lo que querían decir. Y, como yo esperaba, las palabras en clave que pronunciaron inicialmente en su segundo contacto por radio, fueron las previstas, las que tenían que ser, si mi teoría era cierta... Por Alá, tengo que hacer algo, tengo que intentar evitarlo por encima de todo... Esas cosas no se dicen por broma. No se juega con ciertas cosas. Y menos aún a través de una emisión de radio... entre el Líbano y Egipto... Precisamente esta semana... en Alejandría... Oh, no, no... Si llegara a suceder... ¡Tengo que impedirlo! —se detuvo, enjugándose de nuevo el sudor, junto a una tienda de abigarrados artículos para el turista, y clavó sus ojos en otro puesto dedicado a la venta de publicaciones, revistas ilustradas, periódicos y libros populares. Sus ojos se dilataron al fijarse en un encabezamiento en árabe, justo en la primera página: «Vísperas de la gran cumbre árabe en Alejandría.» Tuvo un escalofrío súbito. Agitó la cabeza, mirando en torno con expresión angustiada—. Pero si... si ellos se han dado cuenta... si saben quién les interceptó el mensaje... ¡me matarán! No les costará mucho localizar mi propia longitud y frecuencia de onda... ¡Vendrán a por mí para silenciarme!

Tragó saliva. Y siguió corriendo. Se perdió en las callejuelas, buscando una zona más céntrica de la gran urbe egipcia. Pronto los tenderetes, las mezquitas pequeñas y las casas angostas dieron paso a modernas edificaciones, jardines y amplias avenidas. El centro de El Cairo aparecía ante él. Los ojos de Mofta Bey se clavaron en una edificación distante todavía. La bandera de la RAU ondeaba en su puerta. Era un puesto de policía militar. El lugar donde podrían escuchar sus palabras.

Sufrió una repentina convulsión aprensiva. Sintió más miedo que nunca.

—Escucharme... ¿Me escucharán? —balbuceó—. Por Alá, ¿y si me

creen... un embustero, un loco o un estúpido? Sería horrible...

El joven Mofta Bey había visto películas en la tele visión, donde un hombre o una mujer pretendían desesperadamente ser creídos, y chocaban con la indiferencia o la incredulidad de las gentes, mientras eran perseguidos por un criminal despiadado. Claro que la vida no era una película para televisión, pero...

Mofta tenía que resolverse, decidirse de alguna forma, fuese cual fuese el resultado. Pero tenía sus temores. Quizá por ello se detuvo ante el escaparate de un establecimiento destinado a la venta de tabacos, postales, sellos de correos y todo eso. Tomó una postal. Y un sello. Escribió rápidamente unas líneas y una dirección. Luego, tiró la tarjeta en un buzón y compro de pasada un paquete de cigarrillos, saliendo con el del estanco. Quizá eso, si era vigilado, engañara a alguien.

Resueltamente, avanzó hacia el cuartelillo militar. Ante él, había dos *jeeps* con tropas armadas, y dos patrullas de vigilancia militar, con su distintivo, charlando indiferentemente entre sí. Más allá un hombre con un carro discutía acaloradamente con el conductor de un automóvil. Todo parecía normal en tomo suyo. El joven Bey apresuró su paso, cruzó la calzada para dirigirse al cuartelillo...

En ese momento sucedió.

Mofta Bey no pudo preverlo. Ni mucho menos evitarlo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, ya era demasiado tarde para hacer nada.

Otro coche, tras eludir entre gritos de protesta al carromato y al coche parados, viró con violencia, saltando la acera de la rambla central, para irse luego vertiginosamente, y como sin frenos, contra el infortunado joven.

Mofta Bey chilló desesperadamente, elevando sus brazos, muy abiertas las morenas manos hacia el coche que se le venía encima, una furgoneta comercial de moderno modelo. No pudo impedir el atropello. Cayó bajo las ruedas del vehículo, que le pasaron por encima violentamente. Crujieron los huesos quebrados, ahogando la voz del estertor humano. Brotó la sangre, tumultuosa, y el conductor causante del atropello, como aturdido por lo que acababa de ocurrir, dio marcha atrás, como si con ello pudiera evitar algo. Lo único que logró fue aplastar con una de sus ruedas la cabeza del muchacho contra el asfalto. Luego, abolló al automóvil detenido y obligó a correr al mulo que tiraba del carromato a causa del susto producido, creando así una enorme contusión, que culminó con el derrumbamiento del carromato sobre el *jeep* militar más próximo.

Entre grandes gritos, los ciudadanos y los soldados egipcios se arremolinaban, intentando hacer algo, mientras la furgoneta del atropello, velozmente, emprendía una fuga vertiginosa como si su conductor, aterrorizado por lo que hiciera, pretendiera buscar la impunidad a sus

responsabilidades en aquella acción homicida. Los militares, dándose cuenta inmediata de ello, gritaron y agitaron sus brazos armados, dándole, el alto. Al no detenerse la furgoneta, dispararon un fusil, pero no se atrevieron a más, por miedo a herir a los transeúntes que llenaban el céntrico lugar.

La furgoneta dobló una esquina, perdiéndose su carrocería salpicada de sangre en una calle angosta. Simultáneamente, varios civiles y militares corrían a pretender prestar alguna imposible ayuda al joven atropellado, cuyo cadáver maltrecho yacía casi irreconocible contra el asfalto ciudadano.

Uno de los *jeeps* emprendió velozmente la persecución de la furgoneta agresora. El conductor del coche parado y el del carromato del mulo, como por arte de magia, parecían haber perdido todo interés en discutir, y se perdían por diversas calles, resueltamente, sin detenerse a prestar ayuda a nadie.

En la confusión del momento, nadie se dio cuenta de eso. Ni tampoco del hecho sorprendente de que la furgoneta culpable del atropello, al verse perseguida, perdiera el control al parecer, volcara hacia la izquierda en su carrera... saltando en una zambullida violenta hacia las aguas del ancho Nilo.

Se hundió el vehículo en el río, entre un chapoteo estruendoso, y los militares avisaron con estridentes llamadas de silbato a la policía y a las ambulancias para ocuparse del hecho.

Más tarde, cuando las patrullas fluviales y la policía hallaron el vehículo sumergido y lo sacaron a flote, no se encontró rastro de su conductor. Se pensó que estaría ahogado en el fondo, y se comenzó, a dragar el río.

Sería una búsqueda inútil. Pero ellos no lo sabían. El conductor de la camioneta nunca había ido a parar al río. Lo único que hizo fue matar a Mofta Bey, y luego emprender la huida, lanzando al Nilo su vehículo, y desapareciendo él hábilmente, durante el suceso.

El asunto fue calificado por la policía de El Cairo de un modo rutinario: «Homicida por imprudencia temeraria conduciendo un vehículo, fuga sin prestar auxilio, y caída al río, con desaparición del conductor homicida.»

De ese modo se archivaría la muerte de Mofta Bey, el joven egipcio técnico en radio y televisión, que poseía en su casa de las afueras una estaba emisora y receptora de radioaficionado. Un hombre que, para su desgracia, llegó a saber demasiado sobre algo que aún estaba por suceder...

* * *

Mientras una tarjeta postal donde solamente se había escrito algo breve, formado por tres letras y dos cifras —exactamente ZQ-W36 —, viajaba

hacia el destinatario en ella escrito por Mofta Bey, como último acto de su vida, sólo momentos antes de ser asesinado brutalmente, por aplastamiento en el asfalto, otra persona en El Cairo iba a ligar su propia vida y su destino con el del infortunado muchacho muerto. Y con otras muchas personas que no podía ni siquiera imaginar... Esa persona era una mujer.

Una mujer no egipcia, ni siquiera árabe. Era europea, de piel muy cálida y cabellos muy claros, de ojos azul oscuros y expresión inteligente y resuelta. Su nombre era Allyson Kelly, y su nacionalidad, británica. Estaba en El Cairo haciendo turismo, simplemente, con su cámara tomavistas de magnífica calidad, capaz de filmar con el mínimo existente de luz, en las peores condiciones imaginables. El gran *hobby* de su vida había sido siempre la cinematografía *amateur* y documental.

Estaba en la Avenida de la Mezquita, justo frente al cuartelillo de la policía militar, cuando tuvo lugar el accidente. No quiso hacerlo, pero lo filmó íntegro. Y también la evasión de la furgoneta, con su conductor, hasta desaparecer en una esquina, perseguida por el *jeep* militar.

Lo que en principio había sido solamente una filmación rutinaria, se convirtió así en el reportaje vivo y palpitante de lo que ella consideró un suceso lamentable, pero puramente accidental, como tantos otros hechos semejantes en las vías urbanas de todo el mundo. Solo cuando reveló la película en su propia habitación del hotel Nilo Hilton y captó, la imagen en toda su nitidez, al proyectarla en una pequeña pantalla sobre trípode, Allyson Kelly tuvo un escalofrío y sintió el miedo y el horror ahogando un gemido en su garganta.

Sólo entonces supo que estaba frente a... a un asesinato a sangre fría.

* * *

La mujer de Tel Aviv lo sabía.

Lo sabía y tenía que decírselo a alguien. A quien fuese. A las autoridades israelíes, por si querían hacerle caso y creer en sus palabras. Si no a cualquier corresponsal de la prensa extranjera, capaz de airear debidamente lo que había llegado a su conocimiento de tal modo.

Estaba jugando con mucho riesgo al haberse atrevido a volver a Tel Aviv sin orden expresa de sus superiores. Pero el asunto era tan grave, que precisaba cambiar impresiones inmediatas, exponer a alguien la terrible noticia recibida.

Ella, Dahlia Jakob, era judía, ciertamente. Pero hacía tiempo que había iniciado su peligroso papel como espía al servicio de su país. Sólo que ese servicio debía realizarlo... en territorio libanes, y sin ponerse jamás en contacto con Israel por radio. Para los libaneses, Dahlia Jakob era una evadida de Israel, que quería vivir pacíficamente en otro país, sin mezclarse en guerras ni ser movilizada por el Gobierno de Tel Aviv para las fuerzas

militares femeninas. De eso hacía los suficientes años como para que el Líbano no hubiera recelado jamás de sus propósitos. Ella nunca utilizó su radio de aficionada para transmitir nada oscuro o sospechoso.

Existían medios más seguros para eso. Medios en los que ella no tenía participación directa nunca, para evitar que su importante papel en Beirut pudiera terminarse para siempre.

Esto de ahora era diferente. No se trataba solamente de su país, de su raza, sino de algunas cosas más. De *muchas* cosas más. Y muy trascendentes y terribles.

Por eso había regresado a Tel Aviv, a riesgo de echarlo todo a rodar, de que sus jefes la reprocharan duramente aquel impulso, de que las autoridades libanesas entraran en sospechas sobre ella o la hicieran vigilar...

Era absolutamente preciso hablar con alguien lo antes posible. Con alguien responsable. Dahlia temía perder tiempo. No podía usar el teléfono, ni dirigirse directamente a la policía o algún militar para exponerle los hechos. La tomarían por loca. Era demasiado grave todo aquello. Y demasiado inverosímil. Sólo si se identificaba antes como quien era, como la agente David-704, la prestarían atención. Pero eso tenía que hacerlo ante el propio Servicio de Inteligencia judío, no ante cualquiera.

Ella, Dahlia Jakob, agente David-704 del Servicio Secreto israelí, era también... la radioaficionada ZQ-W36...

Y sabía tanto como había averiguado su comunicante en Egipto, un joven radioaficionado de quien sólo sabía que era, para sus comunicantes por radio, RQ-H52.

Llegó ante el edificio de la Casa Museo Bialik¹, y se detuvo. Aquél era uno de los sitios de contacto de emergencia. Tendría que confiar en ver a alguno de los enlaces con las células superiores del grupo Sión 70. A través de podría relacionarse directamente con un jefe, y comunicarle con carácter urgente lo que sabía.

Miró a ambos lados, inquieta. No se sentía muy segura, e ignoraba la razón. Desde que saliera de Beirut, había tenido la rara sensación de que se embarcaba en un riesgo lleno de dificultades. No se soló seguida ni vigilada, pero su presentimiento fue de que no tardando mucho, empezaría a hallar problemas en su camino. Quizá en el propio territorio israelí. Y así era. Así iba a ser. Tal como ella lo presentía.

Esperó a que el semáforo estuviera en verde para los peatones, y cruzó por el paso, decidida. La joven agente secreto israelí había sido siempre una mujer muy resuelta en todas sus acciones, como correspondía a una persona cuya vida se arriesgaba de modo constante en el doble y peligroso juego del espionaje.

De súbito, un vehículo de los que habían pasado ya el semáforo e

iniciaba el avance por la calzada, atrajo su atención. Ella siempre examinaba muy cuidadosamente a los coches que podían arrancar de pronto en un paso de peatones. Matar a un espía fingiendo un accidente de coche, era algo tan viejo como eficaz en todas las latitudes. Y ella no quería ser la víctima de algo parecido.

Pero no pudo prever lo que sucedió. Porque otro de los coches, de aquellos que ofrecían a la joven israelita su parte posterior, una furgoneta comercial herméticamente cerrada, abrió de pronto sus portezuelas traseras, y una figura envuelta en el tradicional atavío árabe, flotante el albornoz en tomo al enjuto cuerpo bronceíneo, rematado por el paño árabe en su cabeza, apareció, gritando agudamente:

—*La illaha illa Allah! Allahuakbar!*²

Luego, de su mano escapó algo ovoide, oscuro y metálico que describió una curva parabólica en el aire, y fue a estrellarse a los pies de Dahlia, en el asfalto del paso para peatones...

Hubo una formidable explosión. Saltó al asfalto, entre humo, fuego y cuerpos humanos. La sangre corrió. entre alaridos de terror y de agonía, por la amplia avenida de Tel Aviv...

CAPITULO II

Formaban unas bellas líneas multicolores, en torno al palacete elegido para la gran asamblea inmediata.

Banderas con verde, blanco y negro, y tres rojas estrellas —Siria—, negro, blanco y verde, con un triángulo rojo y estrellas, de Jordania; Arabia Saudí, con su brillante pabellón verde, salpicado por las letras árabes y el alfanje; Kuwait, bandera verde, blanca, roja y negro trapecio; el Irak con la suya roja, blanca y negra, y las tres verdes estrellas; y el Irán con el verde, blanco y rojo de su propia bandera.

Sí. Un espectacular despliegue de colores al final de los altos mástiles, en la avenida que conducía al palacete. Allí era donde se iban a reunir todos. Era una reunión en cierto modo informal, pero quizá decisiva para dos vertientes de un mismo problema, siempre latente en Oriente Medio: la política árabe a seguir en los próximos meses, ante la creciente tensión en la zona, y algunos acuerdos especiales, quizá optimistas para el mundo occidental, sobre los crudos petrolíferos y sus precios.

No constituía, en sí, una reunión oficial de la OPEP³, ni tampoco una asamblea de la Liga Árabe. En vez de eso, era un poco de ambas cosas, sin llegar a ninguna en concreto. Alguien, en los rotativos internacionales, la había definido como la «Reunión de la Concordia para el futuro de Oriente Medio», puesto que había fundadas esperanzas también de que el Gobierno de Tel Aviv viese con buenos ojos aquella reunión en la cumbre, a la que iban a asistir tan importantes dignatarios. La asamblea se hacía a nivel de jefes de Estado y por ello, la prensa mundial estaba afluyendo estos días a Alejandría, así como los operadores cinematográficos

y los reporteros de televisión de las mas importantes cadenas del mundo.

Brian Barry contemplo todo aquello desde el balcón de su hotel, asomado a las aguas del Mediterráneo, tan azules y tan límpidas que se hacía difícil pensar en que aquel mar estuviese contaminado o en peligro de extinción su fauna marina, por culpa de la polución.

El, a fin de cuentas, era uno más en Alejandría. Un reportero más, entre tantos otros, en el bello puerto egipcio del Mediterráneo. A la espera del gran momento de la llegada de los altos dignatarios árabes, auténticos reyes del petróleo, figuras cumbre de la crisis mundial petrolífera, pero también personalidades que podían cambiar el curso de la historia en solo unos minutos, si la buena fe colectiva presidía aquella reunión extraordinaria.

Luego, contemplo con aire reflexivo las numerosas tropas egipcias dispersas por doquier, los vehículos militares, los destacamentos y emplazamientos de vigilancia especial, las embarcaciones de guerra en el

mar, el vuelo frecuente de aviones de caza sobre la ciudad...

Las precauciones tomadas habían de ser por fuerza extraordinarias. La seguridad personal de aquellos hombres era demasiado importante para Oriente Medio... y también para el mundo.

Brian tomó unas fotografías más, aunque estaba seguro de que todas las publicaciones del mundo repetirían esa bella panorámica en color, con las banderas formando camino hacia el palacete internacional. Pero a veces, era inevitable caer en lo que Brian más podía aborrecer en su fuero interno: la rutina.

Era difícil encontrar en situaciones así algo realmente fuera de lo corriente, algo excepcional, que significara noticia exclusiva o gran *boom* informativo. Esas cosas sólo sucedían en las películas, se dijo con una desdeñosa sonrisa flotando en sus labios prietos e irónicos.

Se apartó del balcón lentamente. Se acomodó ante la mesa destinada a su trabajo, donde tenía situada su máquina portátil para escribir. Un folio aparecía metido en el rodillo con unas cuantas palabras mecanografiadas ya. Formaban parte de su siguiente reportaje para ser enviado al periódico londinense:

«En vísperas de la gran reunión de Alejandría,
una pregunta flota sobre el mundo: ¿será
el principio de una era mejor y más segura
para el mundo?»

Había escrito muy pocas palabras más, sólo, el inicio de su crónica en directo desde el teatro de los acontecimientos. Quería tener terminado el trabajo para cuando, una hora más tarde la llamasen desde Londres, para transmitir telefónicamente el texto. Las líneas desde Alejandría, así como el *telex*, estaban muy sobre cargados esos días, y era preferible que la llamada viniese desde Inglaterra para comunicar antes y con mayor seguridad.

Estaban ya en sábado. Y el lunes se iniciaría la asamblea de los «grandes» del mundo árabe. Por cuatro o cinco días, aquella bella ciudad cuyo nombre evocaba al gran Alejandro, sería virtualmente el centro del orbe entero, el punto geográfico donde estarían centrados los ojos de todos los demás seres de la Tierra. Una cosa era evidente: ni soviéticos ni norteamericanos querían hacer declaraciones previas, limitándose a muy breves y diplomáticas alusiones a «las esperanzas internacionales, puestas en la buena fe de los dirigentes árabes y en el interés y agrado con que Israel veía esa reunión, dadas las garantías mutuas de paz y respeto que se estaban dando los dos grandes adversarios de la zona de tensión».

Barry sonrió al empezar a mecanografiar la parte de su crónica que formaba parte de la más rabiosa actualidad, algo que había sido comunicado con alguna reserva, a última hora, que podía significar un

impacto periodístico, si se cumplían tales previsiones:

«Rumores insistentes señalan la posible presencia de Yaser Arafat, dirigente de la organización por la liberación de Palestina, en dicha asamblea. Al parecer, podría ser el uno de los que presentaran un nuevo plan de paz para Oriente Medio y una solución sorprendente al problema de la energía, según se comenta aquí.»

El, personalmente, había visto a observadores israelíes fruncir el ceño ante esa posibilidad, sin atreverse a aventurar comentario alguno. Muchos eran pesimistas respecto a los posibles resultados del dirigente del pueblo palestino en el exilio, pero unos pocos confiaban en su inteligencia y tacto políticos para ofrecer una solución aceptable para todos.

Naturalmente, todo eran cábalas todavía, sin nada concreto que explicar a los lectores. Pero unos corresponsales tienen también la obligación de informar a su público sobre rumores y coméntanos que, muchas veces, reflejan un estado general de opinión. Y eso era lo que hacía en esta ocasión Brian Barry, como lo hiciera otras veces en Portugal, en Etiopía, en Bangla Desh... En fin, desde todos los lugares de fricción o convulsión política adonde fuera enviado por su periódico en busca de información directa para sus lectores.

Esta vez, Brian Barry tenía un doble interés y una doble satisfacción por hallarse desplazado en Alejandría en calidad de corresponsal; una razón estaba en el propio interés del asunto. La otra tenía nombre de mujer.

Una mujer llamada Allyson Kelly, de la que aún mantenía fresca en su memoria el texto de un telegrama enviado pocos días antes a Londres a su propio domicilio:

«No sólo viajan los periodistas. Un saludo cordial desde Egipto. Esto es maravilloso. Un beso: *Ally*.»

Allyson Kelly, cuyo telegrama estaba fechado en El Cairo... Y solo veinticuatro horas después de recibir ese mensaje telegráfico desde la capital del país de los faraones, Brian Barry era designado por su director para actuar como enviado especial en Alejandría, a no más de ciento cincuenta millas por vía aérea de El Cairo. Y, por tanto, de su buena amiga, la turista Allyson Kelly...

* * *

—¿Allyson Kelly ha dicho?

—Eso es.

—¿Inglesa?

—Inglesa, comisario.

—¿Turista?

—Eso es. Me apasiona la cinematografía, especialmente cuando es *amateur* o de tipo documental... Para ello he venido a Egipto. Y le aseguro, señor, que nunca pensé en fotografiar o filmar objetivos militares, si en eso está pensando...

Mohamed Kebir, inspector de la policía de El Cairo, sonrió bajo el bigote rizado que cubría casi totalmente su labio superior. El rostro moreno, enjuto, de expresión astuta, se inclinó ligeramente. Su fez rojo oscuro dejaba escapar rizos morenos, pero era obvio que, bajo el gorro típico del país, su cabeza no debía tener una cabellera muy frondosa.

—Señorita Kelly —dijo en un inglés sumamente correcto, hundiendo las manos pensativamente en los bolsillos de su americana color crudo, de liviano tejido. Paseó unos momentos ante ella, con aire abstraído. Luego, se detuvo junto a la ventana enrejada de su despacho, en la comisaría de policía cairota, y se frotó las puntas de su bigote, antes de alzar los oscuros ojos vivaces, fijándolos en ella—. ¿Usted cree realmente que nosotros sospechamos aquí de todo extranjero, especialmente si es inglés, como responsable de algún acto de espionaje contra la República Árabe Unida? ¿Lo piensa seriamente?

—No, pero... siempre me ha parecido poco oportuno pasearme por un país de Oriente Medio, cámara en ristre, filmando cosas y cosas... en la situación actual.

—El turismo lo justifica todo, señorita Kelly. Especialmente, todo lo que no ofrece nada particularmente sospechoso. Usted no nos resulta sospechosa en absoluto. Nos ha traído su filmación de la escena de un accidentó, y ello nos ha permitido comprobar que obramos muy a la ligera al suponer que aquello fue «un accidente». Mis agentes están ocupándose ahora de todas esas cuestiones, con la mayor brevedad posible. Por desgracia, hemos perdido veinticuatro preciosas horas, y será difícil localizar rastro alguno que nos conduzca al culpable.

—¿Ha examinado bien esos fotogramas de la furgoneta asesina, inspector?

—Sí, muy bien. He hecho ampliar esos fotogramas,

advertí algo que a usted se le pasó por alto: el conductor no es un árabe, aunque lo parece. Su película, por cierto muy notable de calidad, pese a la hora de atardecer, que restaba luminosidad, capta claramente su rostro. Es un hombre *maquillado* y con una peluca rizada, de pelo negro. Es decir, todo estaba planeado de antemano para aplastar a ese joven y escapar. Ahora lo vemos claro gracias a su colaboración.

—Dios mío, me temía que era algo así —se estremeció ella—. ¿Por qué lo hicieron? ¿Quién era la víctima?

—En cuanto a los motivos, sabemos tanto como usted, señorita Kelly —suspiró el policía egipcio—. La víctima no parece notable en absoluto: era un joven técnico en radio y televisión. Vivía solo y tenía una emisora de radioaficionado.

—¿Radioaficionado?

—Eso es. Hay muchos por todo el mundo. Intercambian saludos, noticias, pero nunca quebrantan las normas internacionales de comunicación. No se han dado espías entre ellos, aunque si hubo espías que utilizaron la radiodifusión para sus tareas. Este muchacho, Mofta Bey, está fuera de toda sospecha. Era un chico normal, sin enemigos... RQ-H52 era su cifra clave como radioescucha. Cada uno de ellos tiene su propia clave, señorita Kelly.

—Sí, entiendo. ¿Supone que esa afición suya puede tener... algo que ver con el crimen?

Pestaño, sorprendido, mirando a la joven inglesa. Una luz de suspicacia asomo a sus profundas pupilas de hombre árabe.

—No —negó—. No he dicho que lo suponga..., pero podría existir esa relación que usted cita muy agudamente, señorita Kelly.

Se interrumpió el dialogo al sonar leves golpes en la puerta del despacho. El comisario Kebir se volvió dando orden de entrar, en secas palabras de su lengua. Al otro lado de la puerta, apareció un joven egipcio uniformado, que saludó correctamente a su jefe, y le entregó algo, hablando con celeridad en árabe. El comisario respondió en el mismo idioma. Luego, hizo un gesto al policía, tras decirle algo, a lo que su subordinado asintió, y finalmente volvió a cerrarse la puerta. quedándose solos los dos.

—¿Ocurre algo, inspector? —se inquietó la joven Allyson Kelly.

—Puede que ocurra, sí —admitió Mohamed Kebir, ceñudo. Estudio lo que le dejaran en las manos momentos antes. Se lo tendió, luego a ella—. ¿Ve eso, señorita Kelly?

—Sí —enarco las cejas ella, perpleja—. Es una postal de El Cairo...

—No. De El Cairo, no —negó suavemente el comisario—. Esa es una vista de un barrio de Alejandría. Lo importante, sin embargo, no es la fotografía de la postal, sino el texto escrito en ella. Vea, por favor: ¿qué lee ahí?

—No sé... Letras árabes... menos aquí, en este lado. Son mayúsculas con cifras: ZQ-W36...

—Eso es: ZQ-W36. Las palabras en árabes sólo indican un nombre y una dirección: los de Mofta Bey, el joven asesinado. Se ha encontrado esta postal hoy. en su buzón particular.

—No entiendo...

—Yo tampoco entendería... si ese policía no me hubiera dicho, al entregármela, que hay dos detalles significativos en la postal: primero, descubrir que ha sido escrita, al cotejarla con documentos del joven Mofta por éste mismo. Y, por tanto, dirigida a su propio domicilio y nombre. Segundo: que el matasellos de la postal corresponde al del distrito donde murió atropellado el muchacho, y debió ser depositada, a juzgar por la hora de expedición entre cinco y siete de esa tarde. Es decir, alrededor de los momentos en que murió atropellado.

—Todo eso resalta tan extraño, inspector... ¿Qué puede significar ese mensaje misterioso escrito ahí?

—No es tan misterioso como pueda parecerle —sonrió el policía, pensativo—. Si el poseía el nombre-clave

RQ-H52 como radioaficionado, debemos suponer que ZQ-W36, corresponde a *otro* radioaficionado. Alguno con quien el no dudar, establecía contacto por alguna razón. Esto, unido a su comentario casual de antes, sobre la posibilidad de una relación entre lo ocurrido y el *hobby* de ese chico, nos da posibilidades altamente interesantes, ¿no cree?

—Sí, tal vez, pero... ¿cómo descubrir quién es ZQ-W36 y dónde se halla situado?

—Nada más fácil, señorita Kelly. Recurriremos a la Federación Internacional de Radioaficionados. Ellos, dadas las circunstancias, no pueden negarnos ese informe... y no creo que lo hagan.

—Dios mío, me pregunto si todo esto no va a resultar mucho más complicado y extraño de lo que, en principio, pudiera parecer...

—Evidentemente, así será. Quiero recordarle que el atropello tuvo lugar ante el cuartelillo de una patrulla de policía militar... Quizá él se dirigía allí cuando le arrollaron, causándole la muerte... Por otro lado, en sus fotogramas aparecen claramente ese carruaje tirado por un mulo, y ese coche parado, cuyo conductor protesta vivamente. Me temo que todo fue algo preparado, apenas advirtieron que Mofta Bey iba hacia el cuartelillo. La escena no tardarían quizá ni dos minutos en organizarla, teniendo previsto de antemano el juego.

—¿Quiere decir que... que pudo haber *varios* cómplices?

—Exacto, señorita Kelly. Y me pregunto si fueron sólo aquellos tres... o hubo más, detrás de los bastidores —suspirió apaciblemente el inspector Kebir—. De cualquier modo, deje el asunto en mis manos. Yo trataré de resolverlo sin lugar a dudas. Lo haré, esté segura de ello. Me gusta luchar. Ferozmente, si es preciso, cuanto mayores sean los obstáculos. Quizá sea cosa de mi propio apellido.

—¿Su... apellido? —murmuró Allyson, sin entender bien.

—Kebir —sonrió el comisario egipcio—. En árabe significa... león.

CAPITULO III

—Ha sido realmente horrible, comandante Seldman.

—Sí, lo sé... —cerró los ojos el comandante Aaron Seldman, de los Servicios de Inteligencia de Tel Aviv—. He visitado el hospital hace unos momentos. Realmente horrible. Los heridos graves son seis. Hay otros diez leves. Y, lo que es peor... tres muertos., lo que es peor... tres muertos.

—Tres... —Aaron Seldman se inclinó cubriendo el rastro con sus manos. La cruda luz vertical de la lámpara, hizo brillar sus cabellos castaños, lisos y bien peinados hacia atrás. Se mantuvo unos instantes en silencio, mientras reflexionaba de modo evidente. Al fin, hablo con lentitud, como si lo estuviera haciendo consigo mismo—: Ni siquiera parecía la obra de un comando palestino. No hubo más que un atacante, y otro que, sin duda, conducía el vehículo...

—Ambos eran árabes comandante —le informo su subordinado—. Y el que arrojó la granada a los pies de la multitud, grito claramente, invocando a Alá en su acción... Hay muchos testigos que así lo confirman...

—Sí, conozco esos testimonios... —hizo un gesto con la cabeza, llevándola de lado a lado, con aire dubitativo—. No obstante, me pregunto si...

—¿Qué, comandante?

—No, nada —suspiró hondo. Luego, contemplo ante sí la lista mecanografiada, con tres hileras de nombres: los heridos leves, los graves... y los muertos. Su dedo recorrió todos esos nombres minuciosamente, hasta detenerse en uno concreto. Apoyó con firmeza la uña sobre nombre y apellido: Dahlia Jakob. Y preguntó, grave su tono—: Teniente Levy, dígame, ¿cómo evoluciona de sus graves heridas esa muchacha? Me refiero a la más joven...

—¿Dahlia Jakob? —Pregunto el oficial, tras consultar una copia de los nombres que llevaba consigo.

—Sí, ella —asintió fríamente Aaron Seldman—. Tengo especial interés por ese caso.

—No hay muy optimistas informes médicos —suspiró el teniente Levy—. Sufre lesiones muy graves en él rostro y tórax. También ha recibido heridas en la garganta, y por el momento no le es posible hablar en absoluto, ni creo que pueda hacerlo en mucho tiempo, si es que salva su voz... y sus ojos, uno de los cuales sufre lesiones peligrosas... En suma, es un caso bastante serio. Si sale con vida de la gravedad, será con importantes huellas de lo ocurrido...

—Entiendo —asintió despacio, con gesto sombrío, el comandante Seldman—. De cualquier modo... ella no puede hablar. Ni expresarse o

comunicarse de modo alguno con nadie...

—No, en absoluto. Es más: los médicos exigen total aislamiento para los pacientes más graves, y esa joven es una de ellas. Por cierto, tenemos su documentación y estábamos empezando a investigar su vida, ya que residía en el Líbano, y no parece persona muy grata a nuestro Gobierno...

—Sí, sé eso —una vaga sonrisa amarga asomo a los labios de Seldman—. No se moleste, teniente. No investiguen nada. Me hago cargo personalmente del asunto. Es todo.

—Sí, señor —asintió, obediente, su subordinado.

Salió, dejando solo al jefe de departamento del Servicio de Inteligencia. Este permaneció ensimismado en el estudio de una serie de datos escritos en unos papeles, ante sí. Trazó algunas palabras y acotaciones en lápiz rojo, mientras fruncía el ceño, profundamente preocupado.

Luego se incorporó, caminando hasta un fichero herméticamente cerrado. Utilizó una llave especial, que colgaba de una fuerte cadena de metal plateado, en su cuello, bajo la camisa color caqui intenso. Luego, una vez abierto el archivador, utilizó un rápido sistema de Gasificación, extrayendo un *dossier* de plástico amarillo, con un rótulo adherido:

«Grupo Sión 70 — David 704.»

Abrió el *dossier*. Estudió una serie de datos, unidos a unas fotografías, huellas y datos electrónicos, perfectamente computados, correspondientes a una persona cuyo nombre, codificado, era sumamente legible para un experto en claves como el comandante Seldman: Dahlia Jakob.

Luego, una serie de datos computados, hablaban de sus servicios para la organización secreta israelí en el extranjero. Seldman anotó también a un margen la estación de radioaficionada que poseía Dahlia en el Líbano: ZQ-W36.

Con todo ello, formó su lápiz rojo una especie de diagrama sobre el papel. Por fin, Seldman cerró el *dossier* y, con expresión sombría, se encaminó al teléfono. Lo alzó, marcando un número. Habló rápido con su interlocutor:

—Soy Seldman, de Inteligencia Militar. Me interesa saber el estado actual de Dahlia Jakob, internada en ese centro hospitalario.

—Un momento, comandante —una breve pausa. Luego, fue informado rápidamente—: Sigue la gravedad.

Se halla en coma. Fiebre muy alta, y grandes destrozos por la metralla.

—¿No puede hacersele hablar o escribir de alguna forma? —indagó Seldman, ceñudo.

—¿Ahora, comandante? Cielos, claro que no. Su estado es gravísimo. Ni siquiera se la podría aplicar estimulante alguno para hacerla recuperar la suficiente consciencia como para escribir algo. Ni siquiera para entender un

interrogatorio corto. En cuanto a hablar... no sé si llenará a hacerlo alguna vez. Los destrozos en su garganta son serios. De todos modos, le informare regularmente. Y si hay algo nuevo, le haré una llamada urgente.

—Sí, por favor. Puede ser muy importante. Y gracias—colgó, con su gesto desabrido de antes. Luego, hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Y, muy nervioso, paseó, por el amplio despacho, preguntándose a sí mismo en voz alta, como manifestando sus preocupaciones y pensamientos a viva voz—: ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué regresó a Tel Aviv? ¿Por qué ese atentado del que ella fue víctima? Su puesto estaba en Beirut, no aquí... Algo ha ocurrido, sí. Estoy seguro de que *algo* ha ocurrido, pero... ¿qué es ello?.

Siguió dándole vueltas al asunto en su mente. Transcurrieron unos minutos. Y justamente cuando se disponía a abandonar el despacho, el teléfono sonó bruscamente. Se inclinó, levantando el receptor.

—Seldman —dijo secamente—. ¿Quién llama?

—Soy el teniente Kowalsky, señor. Tengo algunos datos para usted. Sobre el atentado en el que resultó herida esa muchacha, Dahlia Jakob...

—Sí, sí, teniente. Diga lo que sea y pronto. Tengo mucho por hacer.

—Bueno, se trata de dos cuestiones diferentes, señor... Ocurre que hemos recibido una petición de la Asociación Internacional de Radioaficionados, para confirmar si la emisora aficionada ZQ-W36, corresponde a una ciudadana israelí... precisamente Dahlia Jakob.

—¿Sabe por qué motivos pide esa Asociación tales datos, teniente?

—No, no me fue posible averiguarlo, señor. Por otro lado, un enfermero de la ambulancia en que fue trasladada Dahlia Jakob al hospital, acaba de informarnos sobre algo sucedido en el vehículo, antes de que la joven herida perdiese totalmente el conocimiento. Dadas sus referencias, he pensado que podría significar que esa muchacha puede ser una espía enemiga de Israel, comandante, y...

—Bien, deje de pensar en todo eso, y deje que yo mismo llegue a mis propias conclusiones. ¿Qué sucedió en la ambulancia?

—Ella... Dahlia Jakob... pudo garrapatear con su mano herida unas letras y cifras en un papel..., pero perdió el conocimiento cuando estaba escribiéndolo, y ya no lo ha recuperado de nuevo...

—Bien. ¿Que letras y cifras fueron esas, teniente?

—Exactamente... RQ-H5... y lo que parece ser, sin duda, un 2, aunque entonces se desvaneció y el lápiz cayo de sus dedos... Pero sí. Juraría que es un 2, comandante.

—Ya. Eso nos da un total de RQ-H52.

—Sí, pero suponiendo que eso fuese todo lo que ella quiso escribir.

—Por supuesto. Si es que eso era todo... —Seldman arrojó el ceño, escribiendo las letras y cifras en un papel. De súbito, tuvo una idea

repentina—: Teniente Kowalsky.

—¿Sí, comandante?

—Hágame un favor. Pida también un dato a la Asociación de Radioaficionados. Solicitar el nombre y nacionalidad del radioaficionado que pudiera tener como numero clave el que escribió Dahlia Jakob.

—Sí, comandante. ¿Acaso cree usted que...?

—No creo nada. Haga esa consulta lo antes posible. Estaré esperando el resultado de su gestión.

Colgó. Luego, abandonó su despacho. La preocupación no se había borrado de su semblante. Pero en sus ojos acerados había un brillo de excitación ostensible.

* * *

La última edición de los periódicos israelíes del sábado, fue virtualmente arrebatada de los puestos de venta y de las manos de los vendedores ambulantes.

Los titulares destacaban visiblemente en su primera plana, llamando a los lectores como un auténtica imán:

MOSHE DAYAN, EX MINISTRO DE DEFENSA DE ISRAEL,
HABLARA EL LUNES A LA NACIÓN, POR RADIO Y TELEVISIÓN,
PRONUNCIÁNDOSE SOBRE A CONFERENCIA INTERNACIONAL
ÁRABE DE ALEJANDRÍA. SE ESPERAN DECLARACIONES
TRASCENDENTALES DE DAYAN. ¿BELICISTAS O PACIFISTAS?
ESA ES LA GRAN INCÓGNITA HASTA EL LUNES.»

Dayan iba a hablar en Tel Aviv. Yaser Arafat iba a estar presente en la Conferencia de Alejandría. Soplaban vientos suaves de posibles acuerdos pacíficos para Oriente Medio, aunque siempre con la tensión por fondo, con el posible estallido de la violencia, viniera del que viniera, como en el atentado de aquel día en las calles de la capital.

Quizá las próximas horas serían decisivas para árabes, y judíos. Y la gente lo sabía. La gente confiaba temía, esperaba... La venta de periódicos, las noticia; en radio y televisión, eran el pulso latente de toda esa atmósfera imperante en Oriente Medio, a un lado y otro de sus eternos beligerantes.

Quizá aquel lunes hubiera respuesta. Quizá...

* * *

—El lunes... Sí, Barry. El lunes puede ser el día. La respuesta a muchas cosas. Aquí y en Israel.

Brian Barry asintió con la cabeza, pensativamente de un modo casi

mecánico. Era evidente que estaba pensando en muchas cosas a la vez, y no todas le resultaban de un cariz optimista. Contempló, a quien le hablaba, e hizo un gesto de indecisión.

—Espero que sea así —suspiró Barry—. De cualquier modo, nos hace falta un principio. Puede ser ahora. El principio de algo mejor para todos. La guerra no resuelve todo. Ni siquiera creo que resuelva nada. A la guerra, sólo acuden como remedio los impotentes los que no tienen nada que ofrecer realmente constructivo. La razón es una fuerza. Pero la fuerza, nunca ha sido una razón, aunque siempre los fuertes hayan terminado por imponer esa razón sobre los demás, de un modo falso y torpe, pero indudablemente eficaz.

Britt Ullman, directora de la famosa cadena de diarios y revistas norteamericanos que pretendía contratar a Brian para su famoso cuerpo de reporteros especializados, de grandes corresponsales dispersos por el mundo, se echó a reír jovialmente. El sol de Alejandría jugó con el dorado de sus cabellos nórdicos, de hija de las tierras escandinavas de Europa, con sus ojos increíblemente azules y claros, brillando en su rostro suavemente pecoso, pálido y apacible. Entre sus dedos el encendedor de oro era como el menudo juguete de una niña grande, deliciosamente infantil pese a su apariencia de hermosa y desarrollada adulta.

—No creo en idealismos, Brian —comento entre dientes—. Lo cierto es que el mundo ha sido siempre de una manera. Y sigue siendo igual. No creo que por mucho que se diga, cambie de modo de obrar, para bien o para mal.

—Lo se Britt —suspiró Brian Barry con tono calmoso. Estudió, por encima del hombro de la rubia periodista, el aeropuerto de Alejandría la presencia de tropas egipcias a lo largo de los accesos, la vigilancia especial en torno a las instalaciones, desde helicópteros de las fuerzas árabes, hasta destacamentos de seguridad policial dispersos en torno a los edificios de la zona destinada a los periodistas y reporteros internacionales que aguardaban a los representantes de los países árabes que se daban cita para el día siguiente, lunes, en el recinto de Alejandría destinado al efecto.

Tras un corto silencio, Brian jugueteó con su cigarrillo encendido, y tomó un sorbo de bebida refrescante. Entornó, los ojos, meditativo.

—Muchos hombres importantes parecen realmente interesados en ver un nuevo camino para resolver los problemas comunes —dijo, tras la pausa, inclinando la cabeza—. Quizá sea una manera de empezar algo mejor. Si llegan a un acuerdo, podría ser un buen inicio para todos. Estas regiones viven tiempos difíciles. Ya va siendo hora de que se busque algo más práctico y menos violento. Matando gente no se resuelve nada. Destruyendo ciudades, tampoco se llega a ninguna parte.

—¿Acusas a alguien determinado, Brian? —sonrió ella, irónica.

—Eso es lo malo. No se puede acusar a nadie. Unas veces, creo que todos intentan hacerlo bien. Otras, llego a pensar que todos se equivocan, que se empeñan en hacerle lo peor que saben y pueden. Por desgracia, aunque pensara en acusar a alguien, no serviría de mucho. *Soy solo* un periodista. Uno más. Pero de acusar a alguien... no sería a los árabes. Ni a los israelitas.

—¿No? —Britt enarcó sus doradas cejas, burlona—. ¿A quién Brian?

—No vale la pena mencionarlos —rechazó Barry, encogiéndose de hombros—. Todos conocemos sus nombres. Están por encima de toda acusación. Enfréntate a ellos y te aplastarán. No importa cómo se llamen, ni cuales sean sus siglas de identificación. pero creo que tú y yo sí las podríamos citar aquí, Britt.

—Vale más que lo olvidemos —suspiro la escandinava—. No conduce a nada chocar de cabeza contra un muro. Sólo a romperse la cabeza. El muro jamás se agrieta, Brian.

—Por supuesto —apuró el refresco y aplastó, el cigarrillo en el cenicero con una marca comercial de aperitivos muy occidental. De repente, el joven Barry se puso en pie—. ¿Vamos ya, Britt?

—¿Adonde? —ella consulto su reloj de pulsera—. Aún es pronto. Los primeros dirigentes árabes tardarán un par de horas en llegar... si es que son puntuales. ¿Has oído hablar de los latinos y de los africanos? Dicen que, para ellos, la puntualidad no es como para los americanos, los ingleses y los escandinavos, pongamos por caso...

—No te preocupes en cantarme las excelencias de nuestra raza, Britt — Barry soltó una seca carcajada, dejando sobre el mantel de la cafetería un billete que cubría el importe de la consumición—. Conozco a un puñado de ingleses, americanos y escandinavos que llegan siempre tarde a sus citas...

Y agitó su mano en cordial saludo, dirigiéndose hacia la salida de vidrieras del local, asomada a la amplia pista que conducía al aeropuerto.

—¡Eh, espera, Brian! —llamó ella, incorporándose apresurada—. ¡Vine a hablar de negocios contigo, no de puntualidad ni esas tonterías!

—Pues hazlo en otro momento. Tengo trabajo.

—Yo también. Sólo es una oferta, Brian. ¿Quieres trabajar con la cadena de Publicaciones Universum? Hay para ti un cheque de veinticinco mil dólares anuales... más gastos y dietas. ¿Qué decides?

—Te lo dije antes: tengo trabajo —Brian ayudó la puerta de la cafetería y salió al cálido sol de la carretera entre Alejandría y el aeropuerto—. Te responderé un día de éstos, cuando este festival haya terminado...

Echó a andar con su larga zancada hacia el aparcamiento. Observó el cordón policial egipcio que rodeaba la zona. Al pasar junto a un oficial le preguntó cortésmente:

—Parece que ha crecido la vigilancia desde que entre a tornar algo en

esa cafetería... ¿Es que ocurre algo especial?

—No, nada especial —sonrió cortés el oficial árabe, saludándole—. Sencillamente, están llegando autoridades para recibir a los huéspedes oficiales, señor. Todas estas cosas requieren precauciones. Se debe evitar todo posible riesgo, tal como están ahora las circunstancias mundiales en esta parte del globo...

—Sí, entiendo —Brian contemplo pensativo una caravana de coches oficiales egipcios, en hilera, rodeado de motoristas militares. El oficial de servicio contemplaba su tarjeta de identificación, en plástico, colgada de su solapa, para confirmar que era miembro de los servicios de prensa. De pronto, los ojos del joven periodista británico, se fijaron en un cuerpo plateado que descendía de los cielos, dejando una blanca estela en el espacio. Dijo entre dientes, prosiguiendo su camino hacia el aeropuerto—: Bien, gracias, oficial. Yo he venido a cumplir con mi misión, pero también a recibir a una amistad. Alguien que nada tiene que ver con todo este gran desfile de políticos y de famosos...

Echó a andar con rápido paso. Mostro su credencial de prensa a unos agentes de uniforme que controlaban los accesos de alambrada al aeropuerto. Distraídamente elevó los ojos, contemplando los helicópteros militares y policiales que sobrevolaban la zona. Arrugó el ceño.

Era raro. Pero había un helicóptero diferente a los demás. Lo vio fugazmente. Muy fugazmente. Se acababa de perder tras unos edificios de hangares, tras una rápida pasada. Los demás helicópteros eran verdes o pardos. Aquél era gris. Gris metálico. Dejó de verlo en un instante. Y se preguntó, incluso, si habría visto bien el color, dada la fuerza del sol del mediodía.

Pero olvido inmediatamente el asunto. El avión plateado tomaba tierra en una de las pistas del aeropuerto. No era uno de los aparatos especiales de los grandes estadistas y políticos esperados en la bella ciudad mediterránea. Era un simple avión de línea regular, perteneciente a las Líneas Aéreas Egipcias. Un vuelo procedente de El Cairo, para ser exactos.

En aquel avión venía Ally. Vuelo de El Cairo. A reunirse los dos. El telegrama de la muchacha era raro. Corto y raro. No recurrió al teléfono sino a un telegrama. Y su texto, tan reciente, aún le intrigaba:

«Llego domingo, vuelo 802. Hablaremos. Tengo problemas. *Ally*.»

Ally tenía problemas. Se pregunto qué clase de problemas podía tener una chica inglesa despreocupada, audaz, con dinero y con ganas de viajar, cámara tomavistas en ristre, recorriendo el mundo, sin ganas de meterse en conflictos auténticos. Quizá sospechaban de ella como espía. Pero era poco probable. No imaginaba a los egipcios tan recelosos como para desconfiar

de Allyson. Ella era la antítesis de un espía. Siempre husmeaba a cara limpia, se metía por doquier con su cámara, llevada por su afición a filmar algo insólito. Pera dudaba que se aventurase en una zona militar o en un *top secret* nacional, en busca de emociones. No iba con su estilo.

Dentro de pocos minutos, Ally estaría en la salida de viajeros. Y, por tanto, a su lado. Eso sería todo. Ella le contaría la historia. Esperaba que no fuese demasiado complicada. Aunque Ally siempre había sido complicada por sí misma.

Giró la cabeza. Simultáneamente al momento en que llegaba el avión de El Cairo por la carretera de Alejandría empezaban a sonar las sirenas policiales. Una caravana de coches oficiales se aproximaba al recinto aéreo. Ondeaban banderas de Egipto.

—Es el presidente —dijo alguien—. Viene con los embajadores de Arabia Saudí, Jordania y Siria...

Rápido despliegue policial. Personalidades nacionales e internacionales. Ambiente de posible tensión, si algo sucedía. Brian Barry miro. a ambos lados. No podía extrañarse. Eran horas de espera difícil, de inquietud, de incertidumbre. Dentro de pocas horas, todo el mundo árabe estaría pendiente de las informaciones de radio y televisión sobre el anunciado discurso de Dayan en Tel Aviv. Y posteriormente de la conferencia de los países árabes en Alejandría...

Brian optó por dirigirse hacia el aeropuerto, bordeando las verjas y cordones policiales que le rodeaban. En estos momentos, su labor profesional no contaba mucho, Era Ally quien le había conducido allí. Y Ally estaba en ese instante por encima de todo lo demás. Cuando menos, de momento.

Alcanzó uno de los hangares, junto al acceso a las dependencias de las líneas regulares de pasaje. Y entonces vio surgir al helicóptero gris otra vez.

Todo sucedió muy rápidamente. Los ojos aturridos de Brian siguieron el vuelo súbita, veloz, casi rasante sobre el hangar cercano, en dirección a la carretera. Por unos instantes, nadie presto la menor atención a ese aparato, salvo él mismo. Había tantos helicópteros en el aire, que resultaba casi normal que nadie se preocupara por ellos. Pero solamente había uno de color gris. Y ahora sí que Brian Barry estaba totalmente seguro de que su color no coincidía en absoluto con el de los demás aparatos militares o policiales de los egipcios.

El helicóptero enfiló hacia la caravana de coches. Y de repente se precipitó hacia éstos, en un picado espectacular e imprevisible.

Por una portezuela del helicóptero, asomó un hombre con una bufanda sobre el rostro y un gorro cubriendo el resto de su cabeza. En sus manos

esgrimía una potente metralleta moderna, una máquina automática de matar de tremenda efectividad...

Apunto a los primeros coches de la caravana. Y comenzó a disparar. Simultáneamente, por la ventanilla opuesta, otro hombre apareció armado igualmente. Y otra arma apuntó a los coches que enarbolaban banderas oficiales con distintivo especial que indicaba la jerarquía de sus ocupantes.

—¡Cielos, cuidado! —aulló, la voz potente de Barry, revolviéndose hacia los policías y señalando lo que estaba sucediendo en las alturas—. ¡Ahí...!

Miraron los policías, con sorpresa y sobresalto, desenfundando unos sus armas, tomando otros sus rifles automáticos, para repeler lo que imaginaban era una agresión en toda regla avisada por la voz del extranjero.

Pero era tarde para ello. Las armas tableteaban ya rabiosamente desde la altura. Uno de los coches se cubrió de estrías en el parabrisas, a otro le reventaron los neumáticos, en un tercero maullaron los proyectiles, rebotaron estérilmente en la carrocería blindada.

En unos momentos, la confusión fue realmente terrible en la escena. La gente gritaba y corría, los vehículos se precipitaban hacia uno y otro lado, buscando las cunetas para protegerse del tiroteo. Los policías comenzaron a disparar a su vez, replicando a la graneada estría de balas que llegaba del cielo.

En medio del terrible pandemónium organizado en la carretera, Barry se dio cuenta de que el helicóptero gris rozaba ahora el techo del inmediato hangar, mientras uno de sus ocupantes, el que enfilaba su arma contra los coches de más atrás, los que sin duda llevaban a los funcionarios diplomáticos árabes, saltaba desde una altura de varias yardas, con envidiable agilidad, al tejado del hangar, para desde allí hacer fuego más atinadamente sobre sus elegidos blancos en movimiento.

El helicóptero se elevó con celeridad. Otro de sus ocupantes saltó desde él a un hangar inmediato. Barry comprendió la razón; varios helicópteros militares enfilaban su vuelo hacia él rodeándole y empezando al hacer crepitar sus armas con celeridad. El espacio se llenó de impactos, de tableteo de armas violentas...

Los dos tiradores corrían ya por los hangares, haciendo llamear sus armas, agazapados en el parapeto natural de aquellos tejados. Un par de motoristas de la policía egipcia cayeron de sus máquinas. Una de éstas alcanzada en el depósito de combustible, llameó, estallando un momento más tarde, mientras su ocupante volaba por los aires, con sus ropas también envueltas en llamas, y evidentemente bañado en sangre a causa de sus heridas.

La confusión era tremenda. Pero Barry, como periodista, nada podía

hacer por evitar aquel atentado contra los vehículos y su escolta. En vez de ello y estando tan próximo los hangares como para haber advertido la maniobra de los dos tiradores cuando los policías de seguridad aún no sabían nada de ello, y los helicópteros centraban su fuego en el vehículo aéreo, tripulado ahora por su solo piloto, como señuelo que atraía la acción adversaria, decidió actuar sobre lo que los demás no se preocupaban de localizar: el origen de los disparos contra la comitiva oficial que iba camino del aeropuerto.

Así, logro penetrar por los altos portones del hangar, entreabiertos y sin vigilancia, ya que nada había dentro que necesitara custodia, en las amplias naves desiertas. Corrió Barry por ella hacia una escalera metálica que conducía a la planta alta de los hangares, y alcanzó una plataforma elevada, dispuesta sin duda para reparaciones de emergencia. Desde allí saltó diestramente por una escotilla abierta, saltando al techo del edificio.

Estaba justamente a espaldas del hombre provisto de metralleta, cuyo rostro se cubría de lana, con una bufanda oscura, y un gorro de igual material envolvía su cabeza. Estaba apuntando hacia abajo, agazapado tras un saliente del tejado, dispuesto a apretar el gatillo...

En el hangar vecino, el segundo asaltante preparaba asimismo su arma automática, para barrer a la comitiva, que desfilaba por abajo, en medio de una tremenda confusión, sonido de sirenas y silbatos estridentes de alarma policial.

Los dos estaban incapacitados para advertir su presencia. Pero, aun así, su situación era realmente delicada y difícil. Y muy arriesgada, además. Si uno solo de ellos giraba un instante la cabeza descubriría su presencia en el tejado, y ello significaría su muerte cierta. Una de aquellas armas automáticas barrería en menos de dos segundos a un hombre desarmado como él.

Pero ya era tarde para pensar en cosas así. Era preciso intentarlo todo, y jugarse el pellejo, le gustase o no la idea. Y su más inmediato peligro, era el mas

cercano de ambos tiradores, el que estaba en el mismo tejado que él.

Brian Barry resolvió con rapidez. Avanzó un par de pasos. El arma del otro comenzó a tabletear. Los estampidos lo atronaron todo, silenciando incluso el crujido del tejado bajo las pisadas de Brian. Abajo hubo gritos, rotura de vidrios, maullidos de bala en el metal, voces y disparos en replica inmediata...

Arriba, sobre sus cabezas, estalló en una bola de fuego y humo el helicóptero gris, alcanzado de lleno por la acumulación de disparos de las fuerzas aéreas de seguridad situadas previamente en el aeropuerto.

Los dos pistoleros miraron hacia lo alto un instante, sin que dejaran de presionar el gatillo de sus armas. Brian Barry saltó hacia adelante. Alcanzó

al primer tirador, cayendo sobre sus espaldas.

El otro juro rabiosamente entre dientes, con voz ahogada por la máscara de lana revolviéndose para defenderse y combatir contra su inesperado atacante. Pero Barry le pegó de lleno con una rodilla en el estómago, y con y con uno de sus puños en el mentón. Fueron dos secos impactos de gran contundencia, encaminados a impedir lo peor que podía sucederle y que, además, era también lo más fácil; que la metralleta se revolvieron contra el con tiempo suficiente para convertirle en un sangriento colador.

Tuvo éxito y el mismo se sorprendió por ello. Aulló el hombre del arma humeante, echose atrás, huyendo de sus dedos la metralleta, que reboto por el tejado hacia el suelo, y al perder su dueño el equilibrio, Barry no pudo impedir que saltara, en mortal zambullida, contra el asfalto de la carretera, donde se estrelló con brutal impacto sordo, quedando inmóvil.

El segundo tirador se volvió al oír su grito y su choque. Descubrió a Brian Barry. Giró su arma hacia él, con expresión colérica en sus oscuros ojos crueles... El joven reportero inglés tuvo el tiempo justo de precipitarse de bruces sobre el tejado, al tiempo que estiraba sus dedos, en un afán tan desesperado como inútil de obtener el arma perdida por el primer tirador, La metralleta salvo el borde del tejado y se fue también a la carretera.

Las balas trazaron un reguero de polvo y de fragmentos quebrados, donde iban golpeando sistemáticamente, no lejos del cuerpo tendido de Brian. Aun así, siempre intentando eludir los nuevos impactos. Aun así, estuvo seguro de que no le sería posible salir de aquel cepo de muerte, donde finalmente los proyectiles terminarían por aniquilar su vida.

Fue en ese momento cuando el segundo helicóptero sobrevoló los hangares. Brian observó que era uno de los aparatos de las fuerzas Aéreas egipcias, con su distintivo militar y su matrícula bien visible en pintura roja, en la cola EAF-101.

Luego el helicóptero se aproximó dónde estaba el tirador y este, rápido, se estiro aferrando con una mano la breve escala que le tendían para subir a bordo. El helicóptero se desvió rápido, en hábil maniobra, y alejó en el cielo azul, entremezclado con infinidad de helicópteros militares, hasta desaparecer y mezclarse, sin que en la confusión nadie llegara a advertir nada.

Brian Barry resopló, aliviado, al saber que ya nadie le encañonaba con un arma mortífera como aquella metralleta. Asomó, agitando sus brazos. Abajo, un oficial egipcio le pidió con señales genéricas de brazos que descendiera. En torno a la comitiva de vehículos oficiales, había ahora un denso cerco de hombres armados, protegiendo a los ocupantes de los coches.

—¡Vamos, baje de ahí! —le dijo un oficial en inglés—. ¡Se jugó usted el pellejo de un modo suicida!

¡Busquen el helicóptero! —pidió Brian con energía, señalando al cielo—. ¡Se ha llevado al otro agresor, y era un helicóptero como todos los demás, con distintivos de la Fuerza Aérea Egipcia! ¡Lleva la matrícula 101!

—No se preocupe. Avisaremos eso a los servicios aéreos —le indicó el oficial, corriendo al radioteléfono de un coche—. Venga aquí, no corra más riesgos, señor...

Brian bajó del tejado, ayudado por varios oficiales egipcios. Se acercó adonde yacía el enmascarado que cayera al asfalto en lucha con él. Estaba muerto, aplastada su cabeza en la carretera. Un árabe manifestaba, encogiéndose de hombros:

—Puede que sea un comando israelí, claro, pero... ¿alguien podría jurarlo, con la cara como está? De todos modos, siempre es difícil de probar esas cosas..., aunque realmente la lógica nos diga que tiene que ser israelí, tratándose de un enemigo...

Brian Barry miraba entre tanto al cielo, tratando de descubrir al helicóptero falsamente militar entre todos los que revoloteaban el aeropuerto. El oficial, acercándose a él, solícito, le advirtió:

—No se preocupe por eso. He informado ya a todos los servicios de patrulla aérea. Es posible que lo encuentren, si antes no se oculta hábilmente... Usted, señor, necesitará ayuda, asistencia...

—No, gracias —rechazó Brian, ceñudo—. Vine a recibir a una amistad, y pienso hacerlo. Por fortuna, estoy ileso...

Y se encamino resueltamente al aeropuerto, para dar la bienvenida a Alejandría a su buena amiga Allyson Kelly...

CAPITULO IV

—Bienvenida, Ally...

—¿Bienvenida, dices? —Allyson miró en derredor, al enorme despliegue policial, al registro minucioso de equipajes y al control inexorable de los pasajeros llegados de El Cairo, mientras en el ambiente se mantenía tensa la atmósfera, tras los recientes sucesos. Ally hizo un gesto elocuente—. Cielos, Brian, escuché más disparos que en una auténtica guerra, antes de bajar de ese avión. He visto llamaradas, humo, confusión... Ahora, esto parece una base tomada militarmente. ¿Y me dices que sea bienvenida?

—Bueno, ha habido algunos problemas inesperados antes de que tú llegaras —sonrió Brian—. Todos nos hemos visto metidos en el lío... Te aseguro que, pese a mis frecuentes corresponsalías en zonas de contienda bélica, nunca vi la muerte tan cerca. Pero imagino que esa clase de violencias y atentados son normales en Oriente Medio... especialmente en vísperas de una conferencia tan importante como ésta. Los comandos judíos no desaprovecharían una ocasión semejante para crear dificultades, como harían los palestinos en el caso inverso. Así está, esta parte del mundo, y no debemos extrañarnos por ello.

Caminaron juntos hacia el despacho de equipajes. Los servicios aduaneros también parecían más complicados que de ordinario, y a Barry no le sorprendió demasiado. Se volvió descubriendo a Britt Ullman en otro punto del aeropuerto, con un jefe de prensa árabe. Tomó a Allyson de un brazo, llevándola consigo, para no encontrarse con la rubia dirigente de la importante cadena periodística americana. No quería hablar ahora de negocios. Ally era lo primero. Y quizá aquel feroz atentado aéreo lo segundo en estos, momentos...

—¿Huyes de alguien, Brian? —¿sonrió irónicamente Ally, cuyos ojos, inevitablemente, buscaron y hallaron pronto la razón, fijándose en la alta y rubia escandinava de escultural figura—. ¿De esa hermosa dama, quizá? ¿Es tu último romance y temes una escena de celos por mi culpa?

—Oh, no seas tonta. Es periodista. Una gran promotora de la prensa americana. Anda tentándome con cantos de sirena últimamente.

—¿Para que vayas a su apartamento una noche? —rió Ally—. ¿O para que te cases con ella?

—No te burles, Ally. Solo es interés profesional. Busca hombres importantes para su cadena de publicaciones.

—No me digas... ¿Acaso edita algo parecido al *play-girl*? —siguió ironizando ella.

—Eres incorregible —resoplo Brian—. Hablaba de periodistas

profesionales, no de modelos para posar en el póster central, querida... Detesto hablar de negocios cuando no hay razón especial para ello. Y esa mujer solo sabe hablar de cifras, sueldos, pagas, o condiciones de contrato y cosas así. Aunque no té lo creas, por supuesto.

—Por supuesto. Conoces suficientemente a las mujeres, querido Brian, para comprender que detrás de una oferta generosa de una empresa dirigida por una mujer, existe siempre una razón que va más allá del puro profesionalismo... Pero sería inútil hablar de eso ahora. Tienes toda la razón. Vamos a cualquier parte. Es lo mejor. Yo tampoco soportaría ahora una charla de negocios. Y menos, con una mujer. ¿Me llevas a la ciudad, Brian?

—Espero que nos dejen llegar a ella —asintió el con un suspiro—. Tendremos que pasar, cuando menos, una docena de controles militares y policíacos... Esta ciudad es una especie de plaza fuerte en estos días. Ahora, con lo sucedido, espero que aún lo será mucho más...

Salieron del aeropuerto. Afuera, tropas y policías se extendían por doquier. Vehículos y personas eran minuciosamente revisados antes de permitírseles el paso hacia Alejandría. Al pasar junto al lugar donde cayera el hombre de la metralleta, matándose en el asfalto, Brian descubrió a unos altos funcionarios de la policía egipcia, junto a un hombre alto, fornido y de cabellos blancos que, tras examinar al hombre muerto, decía en voz alta a uno de los oficiales:

—No lo sé... Juraría que no es israelita, señor. Y yo se lo puedo decir con conocimiento de causa, porque, aunque americano de nacionalidad, y a riesgo de resultar persona poco grata a este país, soy de raza judía, y sé lo que me digo...

A Brian le hubiera gustado conocer la reacción de los agentes egipcios ante la declaración del canoso americano. Y quizá también a su compañera, Allyson, porque fue ella la que comentó en voz alta, cuando el oficial de turno les permitió seguir adelante, con un saludo cortés, tras identificarse debidamente Brian:

—Vaya... ¿No expulsarán ahora a ese hombre por ser demasiado sincero?

Brian Barry se echó a reír, sacudiendo la cabeza. Aceleró ligeramente la marcha. Y dijo entre dientes, con tono irónico:

—No, no lo creo. Es judío, pero americano y muy rico. Además, es influyente. Se trata de David Goldwyn, de la New América Televisión Company. Y la NATO es una entidad importante en todo el mundo, una auténtica multinacional de muchos intereses económicos en todos los continentes... Por otro lado, creo que David Goldwyn es políticamente bastante neutral en el problema de Oriente Medio. O, cuando menos, su cadena de televisión lo es... y eso es lo que cuenta para el Gobierno

egipcio.

Su coche continuó la marcha rápida hacia Alejandría, dejando atrás la confusión y tensión del aeropuerto donde tuviera lugar el atentado desde el aire...

* * *

—Es una singular historia, Ally...

La cena había terminado. Y también el relato de la joven. Brian. Barry estaba reflexionando sobre ello, con gesto de sorpresa.

—¿Extraña? Creo que nunca me había sucedido nada semejante. Ser testigo de un crimen, y poder captarlo en una película... Si al menos sirviera todo ello para descubrir a los que mataron a aquel pebre muchacho... Según la policía de El Cairo, debió, estar todo planeado de antemano. Los que prepararon la emboscada, ni siquiera eran árabes sino personas disfrazadas de tales...

—¿Te permitieron, pese a todo, abandonar El Cairo y trasladarte a Alejandría?

—El comisario Kebir es un hombre muy amable. Y muy listo, creo. Sí, me autorizo, pero me pidió que no dejara el país, sin avisarle previamente. Supongo que ruedo serles útil como testigo, aunque no pueda decir yo que no hayan dicho los fotogramas de mi película, Brian. Lo cierto es que yo no vi nada, e incluso pensé que era un accidente, como todo el mundo, hasta que la filmación reveló otros detalles.

—Ya no podrás decir que solamente los periodistas gozamos del dudoso placer de correr aventuras —señaló Brian, risueño—. Has vivido algo realmente emotivo. Y hoy, en Alejandría, pudiste haber llegado a tiempo de asistir a mi funeral. Mi vida pendía de un hilo durante bastante tiempo...

—Oh, Brian, creo que a veces vas más lejos de lo que tu profesión te exige —Allyson le contempló preocupada, apoyando sus manos en las de Barry—. Un periodista no tiene por qué ir en pos de unos asesinos, y menos cuando éstos son terroristas de tipo político. Podían haberte matado...

—Creo que pudieron haberlo hecho, sí. Pero soy también un ser humano, Ally. No pensé en políticas ni nacionalidades cuando intervine. Hubiera hecho lo mismo en Tel Aviv, en El Cairo o en Pekín. Eran seres humanos en peligro, gente amenazada por dos armas automáticas... Creo que ni siquiera pensé en mi propio riesgo entonces. Era la única persona que les había visto saltar del helicóptero, y pensé en evitar una matanza. Sólo lo impedí a medias. Había muertos en la carretera cuando veníamos hacia acá, Ally. Y también provoqué la muerte de uno de esos dos hombres, sin proponérmelo, sólo por defenderme de él y de su arma...

—Seguro que te van a considerar un héroe. Lo malo de los héroes, es que acostumbran a vivir poco. Espero que no reincidas en ese patético papel nunca más.

—No es tan fácil coincidir con acontecimientos como los que hemos vivido tú y yo en diferentes ciudades, Ally —la tranquilizó Brian—. Pero todo eso te habla bien a las claras de lo tensa que está la situación en esta zona del mundo, pese a no existir una guerra declarada.

—¿Supones que lo de El Cairo pudo ser... político?

—No me cabe duda. Un muchacho técnico en radio, con una emisora de radioaficionado... No parece haber motivo para matar a alguien así... a menos que ese joven supiera algo que no convenía a ciertas personas. Quizá escucho algo por la radio, no lo sé...

—¿Radio? —Ally le contempló, sorprendida—. Sí, el comisario Kebir habló, He que poseía unas cifras-clave como aficionado... Creo que era RQ-H52. Y en la postal escrita poco antes de morir... hablaba de otras cifras que, según ese policía, podían corresponder a otro radioaficionado: ZQ-W36...

—¿Escribió esa postal antes de morir?

—Sí. Y la depositó en un buzón inmediato al lugar donde fue muerto. Han comprobado eso. Andaban buscando quien era el radioaficionado ZQ-W36... Pero dejemos todo eso ahora. Imagino que no es tema suficiente para un artículo tuyo que interese a tus lectores de Inglaterra, Brian.

—Bueno, eso nunca se sabe realmente —suspiro él, encogiéndose de hombros. Miró a través de las vidrieras del comedor, y señaló disimuladamente hacia ellas—. Mira: nuestro hotel debe ser hoy foco de noticias. Allí van dos cazadores de información, tan agudos como halcones. Britt Ullman por un lado... y el propio David Goldwyn por el otro.

Allyson miró de soslayo hacia allá, asintiendo. Ambos iban por diferentes lugares, pero parecían dirigirse al mismo punto, en el amplio salón del hotel. Barry observó la presencia de cámaras de televisión focos... y policías y militares egipcios. Hizo una seña a un camarero que curioseaba y éste se aproximó a su mesa.

—¿Desea algo, señor? ¿Más café, licores...?

—No, gracias. Quería saber qué sucede en el hotel para que haya tanto movimiento...

—Oh, es en el Salón. Azul, señor —Informó el camarero egipcio—. Un alto dignatario de los países árabes se presta hoy a una entrevista televisada, previamente a la inauguración de la conferencia. Creo que es para la televisión americana, señor...

—Si, entiendo, gracias —acepto Brian, tras conocer de labios del camarero el nombre del importante personaje, centro de aquella rueda de prensa.

El camarero se alejó. Ally preguntó a su compañero en voz baja:

—¿No vas a aprovechar la ocasión para entrevistarle tú también?

—Detesto las ruedas de prensa, Ally —torció, el gesto Brian—. Son tan estudiadas como inútiles. Nada de lo que se dice en ellas es sincero ni espontáneo. No, no iré. Prefiero hacer otra clase de trabajo periodístico. Escribiré esta noche la historia de lo sucedido en el aeropuerto, y quizá también mencione tu aventura en El Cairo, sin citar nombres. Puede ser un índice bastante preciso de la actual situación en estos lugares. Pero hacer preguntas a gente importante..., ¡qué horror! Eso es periodismo casi cavernícola, querida... Ahora, vamos al bar. Mientras mis colegas americanos acribillan a preguntas a ese dignatario, nosotros tomaremos unas copas... para celebrar tu llegada a Alejandría.

Allyson sonrió, aceptando la invitación. Poco después entraban en el bar del hotel, eludiendo las zonas mas vigiladas por policías y soldados que velaban por la seguridad de los reunidos en el Salón Azul. Desde fuera era visible el resplandor de los focos de televisión en el lugar de la entrevista. Los cables cruzaban por doquier.

Pidieron dos brandys. Brian le tendió un cigarrillo y tomó otro para sí. Cuando iba a prenderlo, una llama se anticipó a la de su encendedor, ofreciendo fuego a Allyson. Ella, sorprendida, prendió su cigarrillo, sin dejar de mirar al hombre que aparecía entre ambos.

—Gracias, comisario... —dijo. Y se volvió a Barry, presentando—: Brian, este caballero es el comisario Mohamed Kebir, de El Cairo...

* * *

—Ha sido una verdadera sorpresa, comisario...

—Lo suponía —sonrió afablemente el funcionario de la policía caiota—. Sin embargo, no quiero que vaya a pensar mal, imaginando que he resuelto seguir sus pasos, señorita Kelly. Nada más lejos de mi ánimo que sospechar de usted lo más mínimo. Existen razones importantes y de peso, que justifican mi presencia en Alejandría.

—Eso me quita un peso de encima, comisario —suspiró la joven—. Había empezado a pensar que era objeto de vigilancia especial por su parte. Además, últimamente no tengo demasiada fortuna. Me encuentro con problemas constantes, con violencias de todo tipo...

—Oh, ¿se refiere a lo sucedido hoy en el camino del aeropuerto? —miro de soslayo, con aire pensativo, a Brian Barry, antes de añadir suavemente—: Tengo entendido que su joven amigo inglés fue todo un héroe...

—Solamente trate de impedir algo grave, pero temo mucho que mi papel en el asunto fue el de un mero espectador casual, comisario —protestó vivamente Brian.

—¿Espectador? No, no lo creo, señor Barry. Usted luchó, contra uno de los asaltantes y le derribo a la carretera, causándole la muerte. Si era un comando judío, creo que le habrán puesto en las listas negras de su organización.

—Es muy posible. Sin embargo, no tengo nada que ver con ellos ni con ustedes. Soy solamente un corresponsal de prensa, comisario. Por otro lado, oí exponer a alguien sus dudas sobre la posible filiación israelí del hombre muerto...

—¿De veras? —Kebir enarcó las cejas. Sus oscuros ojos inteligentes estudiaron de modo vivaz a su interlocutor—. ¿Y quién fue esa persona, concretamente?

—Un judío... pero americano —rio entre dientes Brian—. Un magnate de la televisión, que gusta de meterse personalmente en los asuntos de importancia para sus noticieros. David Goldwyn, de la NATC americana.

—Oh, sí, he oído hablar de él. Creo que está ahora en su propio hotel, señor Barry, si nuestros agentes no me han informado mal...

—Desde luego, es usted un hombre bien informado, comisario —sonrió Brian—. Goldwyn está en el hotel. En el Salón Azul, ocupándose de entrevistar a una personalidad política de su país, según creo.

—No, no de mi país —rechazó suavemente Kebir con una leve sonrisa—. Es un representante oficial de Yaser Arafat, señor Barry. Árabe, por supuesto, pero no egipcio. De todos modos, cualquiera de nuestros hermanos de raza presente ahora en Alejandría, depende de nuestra protección absoluta. E igual sucede, por supuesto, con quienes, como usted, se alojan aquí ahora, a la espera de la conferencia internacional. De todos modos, deseaba hablar con su amiga, la señorita Kelly, sobre cierto asunto de El Cairo, que es lo que me ha traído hoy a Alejandría.

—Le escucho, comisario —Allyson reflejo vivo interés en su gesto—. ¿Se trata, quizá de aquel muchacho que...?

—De Mofta Bey, en efecto —asintió despacio el policía, con el ceño levemente fruncido—. Mofta Bey, asesinado en El Cairo... sin duda por saber demasiado. Sí, esa es la causa de mi presencia en esta hermosa ciudad. ¿Recuerda aquella postal suya, la que escribió y deposito en un buzón, justo unos minutos antes de ser arrollado frente al puesto militar?

—¿Cómo olvidarlo? Cada detalle de ese día lo tengo grabado en mi mente de un modo muy profundo, comisario.

—Pues bien, hemos obtenido los datos de la Asociación Internacional de Radioaficionados. Las siglas ZQ-W36, escritas en la tarjeta postal, corresponden a un radioaficionado residente en Beirut, Líbano. A una mujer, para ser exactos.

—¿Una mujer? —pestañeó sorprendida Allyson.

—Israelí, por más señas. Al parecer, evadida de su país, por no ser

persona grata a las autoridades judías. Pero yo de esas cosas no me fío. Podía ser una espía en territorio libanes. Lo cierto es que ella, llamada Dahlia Jakob, posee registrado ese nombre-clave para su emisora y receptora.

—De modo que Mofta Bey tenía relación con ella a través de la radio, cuando menos.

—Parece evidente. Eso me hizo pensar en la posibilidad de que Mofta estuviera metido en asuntos de espionaje o traición. De ser así, habría que admitir que lo disimuló siempre muy bien. No existe sobre ese muchacho el menor antecedente o referencia sospechosa.

—¿Cabe alguna otra posibilidad, comisario? —era Brian quien hacía la pregunta.

—Sí, señor Barry —se volvió, despacio Kebir hacia él. Asintió con la cabeza, reflexiva su expresión. Hay otra posibilidad... porque acabamos de ser informados de un atentado en la vía pública de Tel Aviv, que ha causado víctimas. Dahlia Jakob es una de ellas, y está hospitalizada en grave estado. Según los portavoces israelíes, el atentado lo provocaron unos comandos palestinos.

—Extraña coincidencia, comisario —señalo Allyson. impresionada—. Mofta Bey en El Cairo, Dahlia Jakob en Tel Aviv...

—No creo que sea coincidencia. Por alguna razón, Mofta temía por su vida. En previsión de lo que pudiese suceder, nos dejó un rastro, por si era eliminado, esa tarjeta portal, con una pista evidente para seguir: el nombre en clave de alguien con quien él comunicaba por radio y que, posiblemente por esa razón supiera lo mismo que él. Entonces, unos presuntos árabes silencian a Dahlia Jakob en Israel... Me he comunicado telefónicamente con varias organizaciones terroristas de nuestra raza. Ninguna aceptó la paternidad del atentado. Incluso dudan que fuesen árabes sus autores.

—Bien. Y todo ello, comisario... ¿Por qué le ha inducido a viajar a Alejandría? —de nuevo terciaba curiosamente Brian Barry—. ¿Cree que aquí puede estar la explicación a algo que sucedió en Tel Aviv y en El Cairo?

—Sí, lo creo —afirmó rotundamente el policía—. Entre otras razones, porque esa postal que el joven Mofta Bey dejó en el buzón era una vista de Alejandría... Exactamente de un barrio residencial, muy próximo, al lugar donde va a celebrarse la conferencia internacional de representantes árabes... Significativo, ¿no cree, señor Barry?

Brian amigo el ceño. Asintió luego, muy despacio, con la mirada perdida en un punto indeterminado del vacío.

—Sí —admitió—. Muy significativo...

Segunda Parte

TELA DE ARAÑA

CAPITULO V

La canoa hendió violentamente las aguas, dejando una bella estela blanca, de espuma que festoneaba el azul brillantemente. Roncó el motor poderoso, la proa desgarró las aguas, como un afilado cuchillo escarlata y blanco y la lluvia de agua pulverizada azotó los rostros de ambos, haciéndoles reír, sus cabellos al viento, erguidos ante el parabrisas de la bella embarcación deportiva.

—¡Esto es maravilloso, Brian! —aprobó Allyson Kelly, respirando a pleno pulmón el aire saturado de olor a yodo y a salitre—. Un auténtico regalo para el cuerpo y el espíritu...

Brian asintió, sonriente, manipulando el timón de la liviana embarcación roja y blanca que dibujaba su trazado esbelto sobre la superficie azul mediterránea, frente a las costas egipcias, entre playas, hoteles, paseos ajardinados, palmeras y embarcaderos deportivos de sorprendente blancura.

Mas allá Alejandría era una especie de singular y bella mezcla arquitectónica de estilo árabe y europeo por partes iguales. Modernos bloques de edificios, entre minaretes y cúpulas, e incluso históricos restos de la dominación romana que diera su nombre a la hermosa ciudad.

Delante de ellos, a prudencial distancia de la costa, pero vigilantes y alerta en todo momento, a la espera de posibles acontecimientos, la presencia gris de los buques de las Fuerzas Aéreas y Navales de Egipto. En el idílico paisaje era la única nota tensa, que hacía recordar al turista que no todo era tan apacible y superficial como pudiera parecer en principio mientras se disfrutaba del deporte púnico en tan cálida latitud.

—Resulta difícil hacerse a la idea de que la suerte del mundo tenga que decidirse aquí, a poca distancia de nosotros, mientras gozamos de estos placeres, Brian —comento Allyson, cuando Brian viró frente a unas rocas costeras, y enfiló una dorada y larga playa que terminaba en un moderno club náutico digno de millonarios y magnates enamorados del mar, con velocidad mucho más prudencial que en las anteriores maniobras y evoluciones.

—Y sin embargo, así es —suspiró ella, con el rostro mojado por el agua pulverizada, y los cabellos ondeando al viento como una sedosa bandera del color de la miel. Contempló las evoluciones de una mujer de bronceíneo

cuerpo sensual, no lejos de ellos, arrastrada por una canoa blanca, deslumbrante y afilada, que les ganaba terreno a velocidad vertiginosa. La dama no parecía árabe, pese a lo moreno de su piel y a lo desarrollado de su busto y caderas. Llevaba un increíble «dos piezas» blanco, que no podía ser más pequeño de lo que era, y su cuerpo turgente se mantenía en perfecto equilibrio sobre los esquíes acuáticos, que silbaban sobre las aguas, criándolas limpiamente, entre dos abanicos de espuma violenta.

Se perdieron en la distancia, delante de ellos, bordeando la playa dorada, bastante poblada de bañistas de ambos sexos. Brian, por supuesto, tampoco había dejado de observar a la pareja formada por el conductor de la canoa blanca y a la esquiadora de curvas macizas. Se encontró con la irónica mirada de Allyson fija en él.

—Veo que, pese a todo, sigues teniendo un gran sentido de observación —comentó, sarcásticamente—. No se te va detalle. Especialmente, cierta clase de detalles...

—Espíritu profesional —rió entre dientes Brian, siguiendo la ironía—. Un corresponsal debe tener ojos para todo.

—Especialmente para las mujeres como esa esquiadora acuática, ¿no?

—Bueno, es más, agradable ver cosas así que cadáveres, terroristas y sangre derramada. Pero tu en cambio, solo te fijas en determinados detalles, Ally, olvidando los más importantes.

—Si te refieres al hombre de la canoa, al que acompaña a esa dama de curvas mareantes, te diré que lo he observado muy bien. Era muy rubio, muy bronceado de piel... y muy guapo. Ah, y también iba en bañador. Solo lucía unos *shorts* estampados. Tenía mejor tipo que Robert Redford.

—Lamentable —suspiro Brian, sacudiendo la cabeza—. Entre tanta anatomía, olvidaste notar lo más importante.

—No me digas que tu sí lo has observado. Sólo tenías ojos para la dama...

—Detrás de la hermosa figura de la dama, estaba en esos momentos un flanco de la canoa. ¿Leíste su nombre? Te hubiera sido conveniente. Se llama *Goldwyn II*. Y debajo figura la matrícula de Miami (Florida), junto a las iniciales en dorado NATO. ¿Vas entendiendo?

—¿Goldwyn? ¿Te refieres a David Goldwyn, el magnate de la televisión?

—El mismo. Esa canoa le pertenece. Evidentemente, su personal se divierte, además de trabajar para la televisión en Alejandría... Y no hay duda de que sabe elegir su personal, tanto femenino como masculino, a juzgar por lo que yo he visto... y lo que tú me has contado.

Ahora, Ally trataba de buscar con la mirada la canoa blanca y a su humano remolque en dos minúsculas piezas. Pero no eran ya visibles, salvo formando dos puntitos diminutos, allá en la distancia, entre abanicos de

espuma de mar.

—Es una canoa muy potente —dijo—. Pero no para una travesía desde Miami a Alejandría... —fue el comentario de Allyson.

—Oh, claro que no. Goldwyn habrá traído esa canoa desde América, en avión o a bordo de algún buque de carga. O quizá forme parte de un equipo marítimo capaz de largas singladuras. Creo que tiene un hermoso yate capacitado para travesías de gran duración. Y estando como estamos en un hermoso puerto mediterráneo, ¿por qué no suponer que su yate se halla anclado en él?

—¿Qué estás pensando? —le miro Allyson, intrigada—. ¿Te interesa David Goldwyn, quizá?

—Me interesa todo el que pueda tener algún papel en los acontecimientos políticos del mundo. Y los hombres muy ricos y muy importantes, como David Goldwyn, pueden influir, sin duda alguna, en la marcha de ciertos acontecimientos mundiales, quieran o no. Como puede suceder con los potentados armadores griegos, los grandes magnates del petróleo árabe, o los trusts multinacionales de Estados Unidos, pongamos por caso, querida Ally.,

—Política, política y política — bostezó Ally, con hastío—. Me aburre el tema, Brian. Prefiero vivir estos momentos en su justa dimensión, olvidándose de todo lo demás, y tratando de apresar, cuando menos, la belleza de lo que me rodea...

Y tomo su cámara tomavistas, comenzando a filmar los idílicos parajes por los que se movía la canoa motora tripulada por Barry. Hasta que, de repente, su objetivo espío la larga y blanca extensión de los embarcaderos del cercano club náutico, y observó que el motor zumbaba, al irse deteniendo la canoa poco a poco.

—¿Y qué ocurre ahora? —giró la cabeza, preocupada, mirando a Brian.

—Mira eso —suspiro Barry, señalando ante sí—. ¿Qué crees que habrá ocurrido?

Allyson, alarmada, miro hacia los embarcaderos. Descubrió pronto lo que le señalaba Barry desde la canoa roja y blanca en que ambos viajaban por el litoral.

En un embarcadero del club náutico, un hermoso navío, un yate de gran calado, casi un auténtico transatlántico. lujoso, en miniatura, permanecía anclado. Junto a él, la blanca y potente canoa de la pareja que vieran en su camino, se mecía, atada al embarcadero.

La beldad bronceína, de senos y caderas rotundos y diminuto bikini blanco, permanecía en pie, chorreando agua sobre las blancas tablas del embarcadero, junto a un atlético rubio de tez bronceada. Ante ellos y alrededor del lujoso yate, varios policías egipcios se movían apresurada y

nerviosamente...

* * *

El policía miro, desconfiadamente a Brian y a Allyson, disponiéndose a rogarles que se apartaran de allí. Pero el distintivo de prensa extranjera de Barry, calmo su hostilidad, y le hizo saludar cortésmente, haciéndose a un lado.

—Puede pasar si lo desea, señor —dijo en un inglés— aceptable—. ¿Es interesante para sus lectores la noticia de un secuestro?

—¿Secuestro? —Brian Barry dio un leve respingo—. ¿Acaso David Goldwyn...?

—En persona —afirmó el policía—. Ha desaparecido. Hay una nota de petición de rescate, a bordo. Ahora estábamos informando de ello a su secretario, el señor Howard, que no sabía nada del asunto, lo mismo que la señorita Tors... Se han llevado ambos una terrible sorpresa, señor.

—Sí, lo imagino —admitió ambigualmente Brian, girando la cabeza. Y miró, muy fijo, a la venus bronceada, de las formas opulentas, y al rubio atleta de estampado *slip* de baño—. ¿Ellos estaban ausentes cuando ha sucedido?

—Así parece, señor. Estamos comenzando a investigar esto. El capitán del yate nos ha avisado con urgencia, apenas encontró un miembro de la tripulación el mensaje de rescate en el camarote del señor Goldwyn. El señor Goldwyn tiene título de capitán, pero prefiere que otro lleve su embarcación. Es realmente magnífica, ¿verdad, señor. Casi un navío de línea, aunque algo más pequeño...

—Sí, es un yate digno de alguien como Goldwyn —admitió secamente Brian, estudiando la considerable eslora de aquella embarcación de placer, capaz de cruzar el Atlántico, sin problemas de ningún tipo, dada su envergadura y potencia de motores—. Bien, agente, perdone la molestia y siga sus pesquisas. Yo no soy policía, sino periodista. Me limitaré a esperar mi momento, cuando ustedes hayan terminado, para ser yo quien haga preguntas... si es que alguien desea realmente contestarlas...

Y se reunió con Allyson, a un lado del lugar del embarcadero donde tenía lugar la reunión de policías y de miembros de la tripulación del yate. Leyó, distraídamente el nombre de éste: *Mayflower*. Sonrió para sí. Evidentemente, David Goldwyn era un hombre muy dado a respetar y cultivar todo lo que significase un acendrado americano⁴.

—Un atentado criminal en El Cairo, otro en Tel Aviv, un ataque aéreo en Alejandría... y ahora, un secuestro en la persona de un importante coloso de la industria, las finanzas y la publicidad de Estados Unidos... —suspiró Brian entre dientes, con la cabeza inclinada.

—¿Qué? —Allyson se volvió, contemplándole pensativa—. ¿Crees que

todo eso se relaciona entre sí, Brian?

—Es muy posible que sí. No creo en las coincidencias casuales. Y ya son demasiados hechos coincidentes, en el espacio de pocas horas, para pensar de otro modo... Lo único que no entiendo es lo que se puedan proponer los terroristas. ¿Boicotear la conferencia? Lo veo muy dudoso, dado que son hechos aislados, acá y allá, sin evidente relación con el inicio de la asamblea internacional de esta noche... Matar o eliminar a un oscuro técnico de radio, a una espía israelita, a un uncionario oficial egipcio camino de un aeropuerto, o a un dirigente de la televisión americana, no tiene mucho sentido en el fondo... ni conduce a ninguna parte, lo cierto, Ally, es que empieza a preocuparme todo esto. Y a preocuparme mucho. Algo, quizá, mi propio instinto, me dice que algo muy oscuro y muy feo está, incubándose en estos momentos en alguna parte... Dios mío, me gustaría saber dónde... y qué cosa será la que se está preparando...

Y al alzar sus ojos, pensativamente, se cruzaron con los singularmente verdes y centelleantes de un rostro bronceado, sensual y llamativo como pocos, bajo una cabellera oscura, empapada de agua, que golpeaba unos turgentes hombros desnudos.

Era la primera vez que Brian Barry establecía contacto directo con Belinda Tors, la morena y exuberante compañera matinal de Terence Howard, secretario personal del desaparecido David Goldwyn.

* * *

Esta era la segunda vez. Y el contacto era ya mucho más directo.

Sus manos estaban unidas. Apretadas. El contacto duró unos instantes. A Brian le gustó el roce de la suave y cálida piel de la hembra. En sus verdes ojos y en sus carnosos labios, levó una sombra risueña de burla.

—Es un placer, señor Barry —dijo ella con voz grave y profunda—. Ahora ya nos conoce a ambos. Terence está muy preocupado en estos momentos. Y yo también. Pero ese hombre árabe que nos visitó en último lugar, el comisario...

—¿Kebir?

—Eso es: Kebir —suspiró—. ¡Son tan raros los nombres de esta gente! Él nos dijo que podíamos recibirle a usted, que es un periodista importante y puede ayudarnos...

—El comisario Kebir es muy amable —Brian arrugó el ceño, preguntándose por qué Kebir tendría tanto interés en que él pudiese hacer preguntas a los dos americanos—. De todos modos, les aseguro que haré lo posible por ayudarles a rescatar ileso a David Goldwyn... a ser posible sin tener que desembolsar ese rescate que exigen por él...

—Es mucho dinero —terció Terence Howard, el rubio atleta de apolínea figura y ojos muy azules, aproximándose a ellos—. Exactamente

tres millones de dólares,

—¡Tres millones! —Brian exhaló un breve silbido—. Sí, es mucho dinero... ¿Saben quiénes son los autores del secuestro?

—Se firman «Los Vengadores de Sion», según el texto encontrado —se encogió de hombros Terence Howard rebuscando en sus bolsillos. Tendió una fotocopia a Brian, explicando—: Tenemos fotocopidora a bordo. Hice un par de copias de ese mensaje, procurando no tocarlo directamente con mis dedos. Puede verlo. E incluso publicarlo. Los secuestradores no parecen exigir secreto alguno, ¿no le parece? Quizá publicándolo, sea todo más fácil.

—O más, difícil —murmuró Barry, tomando la fotocopia, con gesto ceñudo—. De todos modos, será mejor no arriesgarse a publicarlo. Si esos Vengadores de Sion quieren publicidad, es algo que aun no sabemos. Podría ser al revés, y sentenciar a Goldwyn con su publicación.

—Sí, puede que tenga razón — admitió la venus de bronce, que ahora lucía simplemente un corto albornoz amarillo sobre su cuerpo. Pero iba desanudado, y por tanto su figura opulenta era claramente visible—. Estoy muy asustada por Dave... Aunque si los secuestradores cumplen su palabra y no le causan daño, no habrá nada que temer. Hemos teleografiado a su banquero para que prepare los tres millones en el acto...

Brian no dijo nada. Tenía muchas preguntas por hacer. Pero estaba leyendo el texto, escrito con rotulador ruteo, en grandes caracteres:

«TENEMOS A GOLDWYN. TRES MILLONES DE DÓLARES COMPRARAN SU LIBERTAD. SI PAGAN, NO CORRE PELIGRO. LA POLICÍA NO NOS PREOCUPA. PERO SOLO TENDRÁN DOS DÍAS PARA RESOLVER. ENTRAREMOS EN CONTACTO. PREPAREN EL DINERO. GOLDWYN ES UN MAL HEBREO. PERO VIVIRÁ SI PAGA.

»*Los Vengadores de Sión.*»

—Puede haberlo escrito una organización extremista judía... o cualquier otra persona —suspiró Barry, exceptivo—. Últimamente están ocurriendo muchas cosas cuyos autores no están demasiado claros. Pero siempre es fácil culpar a árabes o judíos de lo que sucede en esta parte del mundo. Es lo cómodo.

—¿Existe algún posible responsable más, capaz de llegar a la violencia? —replicó agriamente Terence Howard—. Ellos son las partes beligerantes...

—Señor Howard, se asombraría si supiera cuántos países del mundo tendrían interés en una confrontación armada directa entre Israel y los árabes—resoplo Brian Barry cínicamente—. Y no le quiero dar nombres porque quizá todos íbamos a resultar un poco ofendidos... Ahora hablemos

de Goldwyn y no de política. Señorita Tors, ¿usted también es secretaria suya, quizá?

—No, no... —ella pareció turbada por primera vez. Luego, su gesto fue significativo mientras ponía sus manos sobre las caderas. Se abrió el albornoz amarillo, y los senos apuntaron violentamente hacia Brian—. Yo..., yo soy una buena amiga de Dave... Viajo con él.

—Entiendo —Barry miro a Howard, pensativo—. Cuando salieron esta mañana... ¿estaba él a bordo? ¿Sabía que ustedes dos salían juntos en la canoa?

—No —negó vivamente Terence Howard. Y Brian observó que enrojecía levemente bajo su tez bronceada—. Bueno, él había dejado el barco muy de mañana. Tenía cosas que hacer en la ciudad. Prepara un programa especial en color, para la cadena de televisión, sobre esa conferencia internacional en Alejandría. No ha vuelto. Sólo llegó ese papel, que alguien dejó en el camarote... sin duda escalando el barco por su flanco de babor, para tirar el escrito por el ojo de buey, que todas las mañanas está abierto para ventilar la cámara.

—Una maniobra muy arriesgada en un club náutico. El mensajero debía ser un hombre-rana, sin duda alguna... Y, además, conocía bien las costumbres de a bordo: el ojo de buey abierto para ventilación, el lugar exacto del camarote de Goldwyn...

—¿Que insinúas? ¿Que alguien del yate pudo...?

—No, no. No insinuó nada —sonrió Barry, deteniendo a Howard—. No es misión mía deducir. Sólo soy periodista. Estoy intentando hallar algo útil para comenzar la búsqueda del desaparecido... Ustedes le conocen quizás más que nadie. Podrían decirme como es Goldwyn... y por qué *se* le considera en ese mensaje anónimo, «un mal hebreo».

—Bueno, hay diversas razones... —comento ella, tendiéndose indolente en una hamaca de lona de colores, sobre la cubierta entoldada del yate—. Digamos que no parece gustar a los judíos que Goldwyn sea bien recibido en países árabes. Ni que sus documentales televisados traten de ser imparciales, ejemplo de neutralidad, en los asuntos de Oriente Medio. También ocurre algo relacionado con los fondos para la causa israelí...

—¿Fondos? ¿De qué se trata?

—La ayuda americana para Israel. Muchos grupos semitas cooperan. Dave nunca ha querido hacerlo. Se niega en redondo a contribuir económicamente. Por su puesto, él no se considera traidor a Israel. Asegura que lo importante ahora es no añadir más leña al fuego, para evitar lo peor. Y que quienes más ganan con todo eso son los fabricantes de armas y municiones, las grandes potencias interesadas en el choque... y cierta clase de intermediarios que él cree conocer muy bien.

—En todo mercado hay intermediarios —suspiró Barry—, Con miles

de millones por medio, con mucho más motivo. Pero ese rescate parece quitar matiz político al asunto... Y quedárselo de tipo económico. Quizá esos tres millones sean para el fondo semita, pero lo dudo mucho.

—También yo —afirmo, rotundo, Terence Howard, acercándose a ellos—. Opino que son vulgares delincuentes los que capturaron al señor Goldwyn y exigen ese rescate...

—Vulgares, no sé —Brian se encogió de hombros, caminando hacia la pasarela que conducía al embarcadero—. Pero delincuentes, sí, lo son... Bien, si saben algo, díganmelo, por favor. Debo comunicar la noticia a mis lectores, si ustedes no se oponen...

—Puede hacerlo. Ya ve que no exigen silencio en esa nota —suspiró Howard—. Personalmente, me voy a ocupar de enviar un reportaje filmado en videotape, para la televisión de nuestro país. Eso es, justamente, lo que hubiera hecho en mi lugar el señor Goldwyn.

—Sí, entiendo —Brian miró con aire pensativo el cuerpo de Belinda, tendido al sol—. Usted ha de ponerse, a veces, en el lugar del señor Goldwyn. Pero procure no tomarle demasiado gusto a la cosa, señor Howard. El hombre grande de la televisión, aún no está muerto, que yo sepa... Ha sido un placer, señorita Tors...

Les saludo, con cierta ironía. Su comentario había dejado ceñudo y malhumorado a Terence Howard. Y Belinda Tors se había incorporado, sorprendida desagradablemente por la alusión. Pero ni siquiera su gesto contrariado podía restar atractivo a su tremenda presencia física, bronce vivo y palpitante al sol mediterránea... y muy cerca del fiel secretario, rubio y atlético del desaparecido David Goldwyn.

Abajo, en las tablas pintadas de pulcro blanco, junto a una de las gasolineras dispuestas para cargar los depósitos de las embarcaciones de recreo, esperaba Allyson con aire distraído. Le miró, frunciendo levemente el ceño, con aire sarcástico. Cruzóse de brazos.

—Bien, heroico reportero —comentó, burlona—. ¿Qué tal ha ido el contacto personal con la venus de bronce?

—Regular —comentó Brian, encogiéndose de hombros, cínicamente—. Está chiflada por ese rubio apolo que viste antes. Pero es la amiguita íntima de Goldwyn.

—A mí, en su lugar, me sucedería igual —suspiró Allyson—. ¿Defraudado?

—No esperaba seducirla al primer golpe de vista —rió Brian de buen humor—. Vamos, Ally. Hay mucho por hacer hoy en la ciudad, antes de que se inaugure esa conferencia. Debo telefonar mi crónica a Londres, y tratar de saber más cosas sobre David Goldwyn...

—¿Le interesa tanto ese hombre, señor Barry?

La voz sonaba suave, untuosa casi, junto a ellos. Giraron la cabeza. De

detrás de una embarcación, emergió el hombre que parecía tener la virtud de salir siempre en el momento menos previsible. Cachazudo, lento y filosófico, como un personaje que no tuviera prisa por nada.

—Comisario Kebir... —Barry le miró, sorprendido. Luego, dibujo en su boca una amplia sonrisa—. ¿De veras no está siguiéndonos?

—De verdad que no —señalo atrás, a una hilera de bellos yates, casi todos blancos. Sólo uno destacaba, color azul pálido, con una franja amarilla—. Vengo de visitar a una ilustre colega suya. Su yate es vecino casi al del señor Goldwyn, y pensé que, puesto que se conocen y estuvieron anoche juntos en la rueda de prensa del hotel, podía ayudarme en algo.

—¿Britt Ullman de la Cadena Universum, de Publicaciones? —indagó Brian, intrigado—. No sabía que tuviera un yate propio en Alejandría...

—Pues lo tiene. Naturalmente, es más modesto que el del señor Goldwyn, pero es un hermoso yate, de todas formas. Por desgracia, no pudo serme de demasiada ayuda. Anoche pasó todo el tiempo con un joven americano muy arrogante y bien vestido. Creo que es actor de cine, y no esta, que yo sepa, ni en las «listas negras» de los países árabes ni en las israelíes... Se llama Edmond Nichols, y tiene ahora bastante fama en América...

—Nichols... —Allyson abrió mucho sus ojos—. Cielos, es un tipo estupendo. Dicen que va a posar incluso para las páginas centrales de *play-girl*...

Brian se echó a reír. Pero el comisario Kebir se mostraba ceñudo, preocupado por algo, y con la mirada baja, perdida entre los blancos y esbeltos cuerpos amarrados al embarcadero.

—No tiene mucha gracia, señorita Kelly —manifestó gravemente—. Ese bello joven americano y su amiguita, la directora y propietaria de la Cadena Universum, pasaron la noche juntos. No sabían nada de lo sucedido. Una lástima. La señorita Ullman me confesó que, cuando está sola a bordo, acostumbra a levantarse muy pronto y pasear por cubierta. Desde allí se domina el lado de babor del yate *Mayflower*, del señor Goldwyn... De no mediar el actor de cine en su vida íntima de anoche, ella hubiera podido ver algo, es evidente...

—Lo cierto es que no fue así —suspiró Barry—. No debe lamentarse por lo que pudo ser y no fue, comisario. Recuerde que usted es árabe. ¿Ha olvidado el fatalismo de su raza?

—Hoy en día somos mucho menos fatalistas que antes. Ya no creemos tanto en un destino trazado de antemano, señor Barry. Los árabes pensamos en que uno se traza su propio destino la mayoría de las veces... —sacudió la cabeza de un lado a otro, disponiéndose a alejarse de ellos—. Bien... Lo cierto es que hay otra desagradable novedad. Un radiograma procedente de Tel Aviv, de nuestros Servicios de Inteligencia, nos han dado el informe

esta mañana. Anoche, durante una conferencia televisada a todo Israel... el ex ministro de Defensa, Moshe Dayan... fue víctima de un atentado criminal por parte de un comando extremista palestino... No llegaron a matar a Dayan, desde luego. Ni llegaron hasta él. Pero dos hombres, dos policías judíos cayeron en la defensa del conferenciante... Los terroristas, naturalmente, fueron muertos allí por las fuerzas de seguridad. Se dice que son palestinos. Pero estoy seguro de que no es cierto..., aunque los israelíes, realmente, lo crean. Porque lo cierto es que nadie se atribuye ese atentado, y hasta los más extremistas rechazan su ejecución inoportuna y torpe...

CAPÍTULO VI

—Dayan en Tel Aviv... Un intento de asesinato que, por fortuna, jamás llegó a producirse... —resopló Brian Barry, tras colgar el teléfono y enviar su reportaje de viva voz a su periódico londinense. Se enjugo la transpiración de la frente con un pañuelo. Luego, clavó sus ojos en Britt Ullman, intensamente rubia, tremendamente exuberante, con sus *shorts* ceñidos a los firmes muslos, con su blusa abotonada, muy baja, dejando ver el nacimiento de sus prominentes senos de valquiria nórdica. La recorrió con la mirada mientras ella sorbía lentamente en su alto vaso de combinado —. Britt, ¿qué está ocurriendo aquí?

—Por lo que veo, una serie de violencias desatadas —suspiro ella con la habitual apatía de las escandinavas—. Es normal en estas regiones de la Tierra, Barry. Y tú lo sabes.

—Es diferente, Britt.

—¿Diferente? —ella enarco sus cejas doradas interrogativamente—. ¿En qué sentido?

—En todo. Hasta ahora, todo estaba definido, concreto. Había cosas indiscutibles. Un hecho violento en tierras israelíes, era obra de los árabes. Un hecho igual en zona árabe, era resultado de una acción israelí. Esto es diferente. Ahora, nadie sabe quién lo hace...

—¿A qué te refieres?

—A muchas cosas que ignoras —le refirió lo sucedido a Allyson en El Cairo, lo de Tel Aviv que protagonizara una israelí llamada Dahlia Jalcob, y terminó con lo sucedido a Goldwyn en Alejandría, y a Dayan en Israel, la noche antes. Ante el gesto entre sorprendido y con fuso de la escandinava rectora de la gran cadena americana de publicaciones ilustradas de enorme difusión terminó con unas pocas palabras concretas—: Todo esto me está llevando a una teoría que quiero demostrar y hacer publica en cuanto me sea posible.

—¿Qué clase de teoría? —Britt mostraba cada vez más interés.

—La de que existe un complot ajeno a árabes y a israelíes. Alguien, una tercera fuerza oscura y siniestra, se mueve en esta parte del mundo. Y maneja a los seres humanos y a los gobiernos como marionetas. No se si será una potencia o no. No sé si actúan asesinos profesionales o terroristas, mercenarios o agentes secretos. Lo que sí estoy por jurar es que el complot tiene una meta determinada y concreta.

—Brian, todo eso que dices es muy importante. ¿Cuál crees que pueda ser esa meta?

—La guerra.

—¿La guerra?

—Sí. Total. Auténtica. Sin rodeos. Guerra en Oriente Medio. Con todas sus consecuencias. Quizá con extensión internacional. Acaso un poco de guerra mundial, total y absoluta. Hay gente que está jugando con fuego. Un fuego demasiado grande... que puede abrasarnos a todos.

—Brian, eres un gran periodista. Y sabes cuál es mi oferta. Incluso estoy dispuesta a elevarla en algunos miles más pero ya hablaremos de eso en otro momento —Britt se puso en pie con un suspiro. Sacudió su rubia cabeza, algo escéptica—. Sin embargo, me pregunto: ¿en qué basas esa audaz teoría? Publicar algo así en un periódico como el tuyo, exige datos, referencias concretas. No puedes aventurar sensacionalismos sin base...

—No loaré. Pienso hacer algo muy concreto. Estoy tras la noticia. Creo que puede producirse en cualquier momento. Y aquí, en Alejandría.

—¿Por qué aquí? ¿Por esa conferencia?

—Sí, por la conferencia internacional. Y porque ya en Tel Aviv intentaron asesinar a una persona como Moshe Dayan, un prohombre político de gran nivel, que convulsionaría totalmente al mundo con su muerte. Y que quizá provocase por sí mismo una guerra. Ahora mismo, la tensión entre Israel y los árabes, vuelve a ser extrema. No era eso lo que se buscaba con esta conferencia de Alejandría...

—En resumen: supones que una tercera fuerza secreta ataca a árabes y judíos. ¿Quién, Brian? Eso es lo que interesaría saber a tus lectores, a los editores de tu periódico... y a mí, si voy a ser por fin tu jefe, cuando decidas ser mi primer corresponsal en el extranjero. ¿Existe respuesta para eso?

—No —segó Brian, con gesto cansado—. Aun no. Pero quizá la haya pronto. Quizá, Britt... Oh, veo que nuestra charla ha de terminar forzosamente.

—¿Por qué, querido amigo? —sonrió ella, sorprendida, girando la cabeza hacia donde miraba Barry.

—Porque ahí viene tu buen amigo, el guapo e irresistible «astro» de Hollywood, el gran Edmond Nichols... Ante su belleza varonil, incluso Brian Barry hace discreto mutis, Britt...

Y con una burlona inclinación de cabeza, ante la sonrisa divertida de ella, Barry se alejó en dirección a la cristalera que conducía al interior del club náutico dejando fuera, en la terraza del mismo, a Britt Ullman, a la espera del apuesto y hermoso Nichols, el galán cinematográfico de moda, que se aproximaba adonde aguardaba la millonaria rectora de las publicaciones americanas.

* * *

Había terminado el acto inaugural.

En medio de un aparatoso despliegue policial y militar, rodeados de precauciones que convertían el recinto elegido para la conferencia en un

auténtico reducto inexpugnable, los dirigentes de los grandes productores de petróleo, los líderes del mundo árabe en bloque, se habían reunido, posando primero para las cámaras de cine y televisión, para los disparos fulgurantes de las cámaras fotográficas, para pasar posteriormente a la sala de reuniones, en cuyo recinto todas las precauciones habían sido tomadas, hasta límites increíbles.

Era prácticamente imposible que allí sucediera nada contra los dirigentes árabes y esa seguridad, aunque no impedía una cierta inquietud entre todos, motivada por la lógica trascendencia de la situación y de cualquier posible circunstancia súbita e imprevisible, en el fondo todos estaban seguros de que nada podía suceder allí que pusiera en peligro la vida de los asistentes y, con ello, la propia paz mundial.

Solamente una personalidad mundial faltaba a la cita: el líder de la resistencia palestina, Yasser Ararat. Pero en la propia conferencia, su presidente en funciones dio la noticia escueta de que en su próxima reunión de auténtico trabajo, al día siguiente, el caudillo de los palestinos estaría presente en la asamblea. Una ovación acogió, la noticia. Los reporteros se apresuraron a buscar teléfonos y telex para transmitir la confirmación oficial del hecho.

En reunión de aquel lunes por la tarde, era en el fondo totalmente informal, y sólo como un prólogo, cara a la opinión pública, de las serías sesiones de trabajo que aguardaban a los ilustres huéspedes de Alejandría. Pero por el momento, todos sus miembros habían estado presentes, se habían intercambiado ceremoniosos saludos, y ahora se dedicaban a conceder entrevistas para la televisión y las grandes cadenas informativas mundiales.

El resto de su tarea, sería ya mucho más seria y a puerta cerrada, sin el ritmo trepidante y nervioso del despliegue informativo en torno suyo.

Brian Barry, de regreso al hotel, iba pensando en todo ello, en la escasa información que daría a sus lectores, ya que cuanto él pudiera decir al respecto sería repetido por cientos de informadores presentes en Alejandría. A él lo que le gustaba era el lado insólito de las cosas, el ángulo desconocido de la noticia, la faceta ignorada de los hechos populares. Pero esta noche nada podía referir al respecto, porque nada había. Aunque quien en el fondo se congratulaba de ello.

Tras los sucesos ocurridos en diversos puntos de Oriente Medio, sin conexión aparente entre sí, valía más que nada, absolutamente nada, sucediera en Alejandría, alterando el curso de los acontecimientos.

Saludó al comisario Kebir, presente en el acontecimiento, a Britt Ullman, representando a la Cadena Universum, junto con dos reporteros especializados de sus publicaciones gráficas. Y echó en falta la presencia del magnate de la televisión americana, el gran David Goldwyn.

Kebir fue parco y poco optimista al respecto:

—No sabemos nada aún. Y me temo que continuemos sin pista alguna...

Brian Barry se reunió fuera del recinto con Allyson. Ella no tenía autorización oficial para penetrar en el recinto reservado a la conferencia internacional, y hubo de contentarse con esperar. En un automóvil largo y lujoso, descubrió Brian a Terence Howard, secretario de Goldwyn, con la inevitable Belinda Tors exhibiendo un modelo escarlata, con un increíble escote, ceñido totalmente a su opulenta figura. El rubio atleta le ignoró, pero Belinda agitó su mano hacia él, guiñándole *maliciosamente* un ojo. El coche se perdió entre la masa de vehículos apostados en torno al palacete internacional.

—Vaya, parece que tengáis una amistad... —comentó con ironía Allyson.

—Es una chica muy cordial, eso es todo —se encogió Brian de hombros.

—Seguro que sí. Debe tener muy visto a su rubio apolo y busca emociones nuevas. Tú no resultas falto de atractivos, Brian. Deberías aprovechar la ocasión.

—¿Es un consejo? —sonrió él, sarcástico.

—Evidentemente —el tono de Allyson, aunque burlón parecía revelar también cierto despecho muy propio de una mujer que se sabía joven, atractiva. Y que, pese a ser amiga de Brian, no se había insinuado nunca en otro terreno más íntimo y concreto—. A ella, de Goldwin solo debe importarle el dinero, por lo que veo. Es lo habitual en estos casos.

—Tomaré nota de todo ello. Es posible que estreche mis relaciones con esa joven..., aunque sólo sea por motivos profesionales, en busca de noticias acerca de su jefe... —comentó con cinismo Brian Barry—. Y de su secuestro, naturalmente.

—Eres un perfecto desvergonzado, Brian —se paró en seco Allyson, mirándole casi con ira—, llegue a creer que eras un hombre diferente a otros muchos. Pero en cuanto ves unas curvas, ya no sabes lo que haces. Me estas decepcionando, amigo mío. Esa mujer es, posiblemente, más peligrosa que todos los terroristas de Oriente Medio unidos. Y eso también es un consejo; no te fíes demasiado de ella. Quizás por esa razón, Goldwin esté ahora donde este...

No hablo mucho más, de regreso al hotel. Incluso se negó a tomar algo en una de las bien iluminadas terrazas de Alejandria. Alego estar cansada con el ajetreo del día. Brian observo que ni siquiera tomaba fotografías o filmación de lo que la rodeaba, y optó por no decir nada. Poco después entraban de regreso en el hotel, tomando el ascensor hacia la planta donde ambos tenían sus habitaciones. Por el camino no cambiaron palabra alguna. Allyson, por vez primera, parecía realmente disgustada y molesta.

Abandonaron el ascensor en su piso. Se encaminaron hacia el fondo del bien alfombrado corredor. Altos macetones con plantas exóticas adornaban las esquinas de los pasillos. En un punto, se detuvo Ally en seco.

—Buenas noches, querido Brian —dijo secamente—. Voy a descansar.

—Te acompañaré hasta tu puerta.

—No hace falta —corto ella—. Está al fondo del pasillo. Puedo ir sola.

—Nunca se sabe lo que puede suceder en Alejandría, cuando todo Oriente Medio anda revuelto, y sería mejor que...

—Será mejor que ustedes dos entren en su habitación, señor Barry —dijo una voz glacial a sus espaldas—. Es un consejo muy saludable, que espero sigan ambos...

Brian giro la cabeza. Ally soltó una imprecación con expresión de inquietud. Ambos se enfrentaron al hombre que empuñaba la pistola automática provista de silenciador. Les estaba encañonando sin una sola vacilación

* * *

—Así está mejor. No se muevan ni intenten cosa alguna. Esten seguros de que no vacilaré lo más mínimo en disparar sobre ustedes. Y lo haré a matar.

Cerró la puerta tras de sí. Se quedó con ambos, dentro de la habitación de Barry. Ally, pegada a éste, temblaba ligeramente, y estaba muy pálida. Un momento antes, el joven reportero británico había sido cacheado con celeridad, para comprobar que no iba armado.

Se hizo un silencio molesto. Brian pregunto con aspereza unos instantes después.

—¿Qué significa esto? Soy un periodista extranjero, un ciudadano británico. ¿Pretende acaso causarnos algún daño? No tengo nada que ver con la política ni con...

Se interrumpió. El hombre de la pistola con silenciador estaba riendo entre dientes. Era moreno, enjuto, alto y seco. Vestía de oscuro. Sus facciones parecían hebreas. Los ojos tenían un fríe brillo hostil.

—Sabernos perfectamente quién es usted, señor Barry. ¿No es cierto? —se dirigía a alguien situado a espaldas de ellos, evidentemente.

Barry y Ally se volvieron con sobresalto. La puerta-balcón de la terraza de la habitación se estaba abriendo suavemente, sin ruido. Un segundo hombre entraba en la estancia, también armado de pistola automática, con largo tubo silenciador al extremo del cañón.

Era igualmente de tez oscura, nariz aguileña, negro bigote y cabello rizado. Se parecía remotamente a Mark Spitz, pero en feo. Y con más años y más grasas.

—Vaya, ésta, es toda una asamblea de amigos— suspiró Barry con

ironía, controlando sus nervios. Oprimió contra sí a Allyson con más fuerza —. ¿Qué temas vamos a discutir, caballeros?

—El de su muerte, señor Barry —dijo secamente el recién llegado, apuntando a su cabeza con el largo y desagradable tubo de negro acero pavonado.

El joven reportero ni pestañeó. Clavada su mirada glacial en el otro, interpeló agriamente:

—¿Piensan asesinarme?

—Me temo que éstos son los planes —suspiró el otro—. Como ve, ni siquiera cubrimos nuestro rostro. No tememos ser identificados posteriormente. Los muertos no hablan.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Brian. Ahora ya no pensaba en sí mismo, sino en... Notó, el temblor de Allyson. Ella estaba pensando lo mismo que él.

—No querrán decir que ella... que ella también... —su voz sonó ronca.

—Lo sentimos. Esta con usted. Podría ser un testigo molesto —la fría sonrisa del primer hombre armado con quien tropezaran, era casi la de un individuo en quien el asesinato forma parte de su oficio cotidiano—. Sí, tendrán que morir los dos.

—Pero ¿por qué? —jadeó Brian Barry—. No tenemos nada que ver con asunto alguno. Ella es una turista, yo un corresponsal... Si quieren matarme a mí creyéndome un espía, están en un tremendo error, pero hagan lo que crean conveniente. Solo, les ruego que a ella... a ella no la causen daño alguno.

—Un caballero andante británico —rió el segundo hombre—. Conmovedor, señor Barry. Pero perfectamente inútil. No podemos hacerlo. Cumplimos órdenes.

—¿De quién?

—Eso, a usted, no le preocupa. Ni podemos decírselo.

—Al menos, podré, saber... por qué —Brian notaba el sudor frío empapando su piel pese al cálido clima de la costa mediterránea egipcia—. ¿Qué objeto tiene asesinarlos a ambos?

—La señorita es sólo una víctima ocasional. Usted es quien resulta particularmente molesto para alguien. Se mete en demasiadas cosas que no le incumben. Lo siento. Ha sido sentenciado a muerte.

—Pero ¿por quién? ¿Por qué motivo? —se enfureció. Brian, encajando las mandíbulas—. Si realmente voy a morir, no puede importarnos demasiado decírmelo. Los muertos, como usted dijo antes, no hablan...

—Tiene algo de razón. Sólo le diré algo, antes de que tengamos que enviarles a un lugar desde el que no existe billete de vuelta, señor Barry: nuestra organización lo ha decidido. Usted puede estropear los planes de nuestro sindicato, y es mejor así.

—Sindicato... Organización... —Brian entornó los ojos—. Ustedes no son de la Mafia...

—¿Mafia? —el otro soltó una seca carcajada—. No, no es eso, exactamente. Es algo más. Mucho más, señor Barry. Nuestro sindicato también es del crimen... Pero el Crimen con Mayúsculas. El crimen a escala internacional. Aquella gentuza de la Mafia mataba a hampones, a rufianes. Nosotros, no. Nosotros matamos a políticos... a jefes de Estado... a presidentes. Ahora ya lo sabe. Buen viaje al infierno, parejilla...

Las dos armas encañonaban a ambos. Era el final. El final para los dos.

Pero Barry no se conformó con eso. Y se jugó la única carta que poseía.

CAPITULO VII

Uno de los hombres morenos encañonaba a Allyson. El otro, a él.

Sus dos acciones fueron coincidentes. No podían ser de otro modo, o cualquiera de ellos perecería en el empeño, antes de haber siquiera intentado nada.

Empujó a Allyson con terrible violencia, desplazándola bruscamente, al tiempo que él se arrojaba tras un diván en zambullida vertiginosa.

Sonaron dos taponazos secos en la estancia: ¡Ploc! ¡Ploc!

Dos disparos silenciosos y mortíferos. Las balas zumbaron sordamente en el vacío. Un vidrio de la terraza se hizo añicos con seco estrépito. Brian caía tras el diván, en su bien calculado saltó. Al caer, su mano aferró la pesada lámpara de pie de bronce. La arrojó con formidable impulso, con tremenda violencia, contra el que le buscaba desesperadamente con su pistola.

Le alcanzó en pleno rostro, en el cráneo. El bronce sonó con aspereza. El golpeado chilló de modo ahogado, soltó la pistola de sus flojos dedos, y cayó dando volteretas. Una enorme brecha en su frente, chorreaba sangre por el rostro.

Rápido, Brian se tiró de bruces tras el diván. Ya era tiempo. Desde su emplazamiento, el segundo tirador olvido por completo a Allyson, para concentrar en él su atención. Disparo: La bala desgarró el tapizado y atravesó el mueble.

Brian, agazapado, no sintió siquiera el roce del metal candente. Pero sí captó en el acto la fría, dura voz de su agresor:

—Será mejor que salga, señor Barry. Y no intente nada más. Estoy encañonando a su amiguita. Le volare los sesos si no sale, y deja de pelear como un necio...

—¡No, Brian! —gritó Allyson—. ¡No te entregues! ¡Nos matará igual a ambos!

—Lo siento, Ally —inspiro hondo el joven periodista—. Debo ceder. No puedo dejar que te maten así..., aunque luego seamos las dos quienes caigamos. No puedo hacer otra cosa...

Asomó, tras el sofá. El hombre moreno sonrió malévolamente, alzando su arma hacia él y dejando a Allyson en el suelo. Ella, rápida, se revolvió, aferrando sus tobillos en un esfuerzo desesperado, y tiro de él. El disparo salió, alto y se clavó la bala en el techo. Juro rabiosamente el hombre, y se revolvió, tambaleante, para disparar ahora sobre Allyson.

Barry corrió hacia él, pero sabía que no podía llegar a tiempo...

El ahogado ¡ploc! del disparo, puso un escalofrío en todo su ser. Tardo unos momentos en comprender. Sólo, cuando vio que Allyson seguía

mirando con ojos muy abiertos, reflejado el terror en su rostro, al hombre del arma silenciosa, comprendió que nada le sucedía. Y que la bala disparada no había partido de aquella arma...

Miró al asesino profesional. Oscilaba hacia adelante. Algo espeso y negruzco se desprendía de su nariz, de su boca y de su cabeza agujereada, perforada por una bala silenciosa.

Brian miró a la galería exterior. Descubrió allí al hombre de traje oscuro, con una automática, igualmente provista de silenciador, sonriendo dura, fríamente, la mirada fija en el que caía.

—Lamento haber llegado un poco tarde —suspiró el desconocido, entrando en la habitación.

—¿Tarde? —¿resopló Barry, apresurándose, a recoger a Allyson e incorporarla, mientras el hombre herido caía con su cabeza perforada mortalmente—. Nunca vi a nadie llegar tan a tiempo, caballero...

—Mi nombre es Newman, señor Barry. Zachary Newman, del Servicio de Inteligencia israelí.

* * *

—Zachary Newman, del Servicio de Inteligencia de Israel... Imagino que no sabrán...

—¿Los egipcios? —rió suavemente entre dientes. Sacudió la cabeza, negativo—. No, espero que no lo sepan. Podrían arrestarme y hasta ejecutarme. Sin embargo, por esta vez no he venido a territorio árabe para una misión. rutinaria que les perjudique a ellos, sino a tratar de poner en claro cosas que no terminamos de entender en Tel Aviv.

—Pues no sé lo que conseguiré en Egipto —suspiró Brian, aturdido—. Esto es una especie de laberinto a el que no se encuentra la salida. Aun no sé siquiera porqué intentaron asesinarme, como tampoco sé por qué usted, un agente judío, me ha salvado la vida a mí y a mi amiga, la señorita Kelly...

—Lo sabrán en seguida —dijo el agente israelí, encogiéndose de hombros. Se aproximó al hombre herido por la lámpara de bronce. Lo estudió en silencio. Sacudió la cabeza—. Lástima. Tampoco hablará ése. Está muerto.

—¿Muerto? —se asombró Brian—. Cielos, no creí que el golpe fuese tan fuerte...

—¿Golpe? —el israelí sonrió con un gesto expresivo— Oh, no, no. No es eso, señor Barry. Mire sus labios y sus ojos, por favor...

Brian se inclinó. Estudio al caído. Reflejó asombro en su voz y en su gesto.

—Espuma verdosa en los labios... Ojos vidriosos, dilatados... ¡Veneno! —jadeo.

—Eso es. Acaba de envenenarse. Una cápsula en los dientes, un crujido... y adiós —el espía sacudió la cabeza—. Es un modo típico de silenciarse a sí mismo cuando uno se ve en apuros. Esta gente no duda en matarse, llegado el caso. Sin duda, de no hacerlo, serían muertos después por su organización...

—Organización... —repitió Barry, sobresaltado. Miró al enigmático Zachary Newman—. Ellos hablaron de algo así. Un... un sindicato del crimen... a escala internacional. Y actuando sobre...

—...Sobre grandes estadistas y políticos —suspiro tristemente Newman. Afirmó despacio—. Lo temíamos. Era algo que estaba por probar, pero agentes nuestros en otros países detectaron ya hace tiempo esa siniestra realidad. Lo de Tel Aviv nos puso sobre la pista...

—¿«Lo» de Tel Aviv? ¿A que refiere, señor Newman?

—Es una larga historia. Una mujer agente nuestra fue asesinada en Tel Aviv. Aparentemente, víctima de un acto terrorista árabe. Sospechamos de ello, y seguimos indagando. Mi jefe, el comandante Seldman, logró obtener unas declaraciones póstumas de la infortunada muchacha.

—Dahlia Jakob... —murmuró Allyson, muy pálida y temblorosa aún, abrazada a Brian—. ¿Ha... ha muerto?

—Sí. Dahlia Jakob no supero la crisis de su grave estado. Pero pudo decir algo. Ella con su emisora de aficionados en el Líbano, tenía contactos con un joven radioaficionado cairota. Por un fallo en las transmisiones de radio, la organización emitió algo, captado inesperadamente por la frecuencia de onda de Mofta Bey, el joven de El Cairo. Ese algo era la ejecución de un vasto plan terrorista en Israel y en países árabes, encaminado a provocar una nueva guerra, sin duda alguna. Así pudimos salvar a tiempo a Moshe Dayan, y así esperamos evitar que sean ahora los dirigentes árabes quienes caigan asesinados por esa fuerza oscura y poderosa que se mueve bajo la epidermis del mundo, sin que nadie lo advierta ni tenga noticia de ello, desde Nueva York a Tokio, y desde Argentina hasta Islandia...

—Una superorganización. Un poderoso sindicato del crimen político... ¿Es eso?

—Es eso, sí; Radicado, además, en el país donde más libertad y medios puede tener para extender sus tentáculos a todo el mundo, bajo la falsa apariencia de organismos benéficos, de entidades culturales, de industrias multinacionales de honorable apariencia... Bajo todo ese vasto plan mundial, se mueve el supersindicato criminal más increíble del mundo. Y Estados Unidos es su centro.

—Pero ¿y los gobiernos? ¿Qué hacen por evitarlo? Y las autoridades americanas... Ellas saben o sospechan...

—Saber, apenas nada. Sospechar, muy poco. Quizá este sea el principio

del fin. El mundo cada vez semeja engañar menos. Si el Gobierno norteamericano obtiene pruebas suficientes, investigará, a fondo, llegara hasta el final y destrozara esa fuerza tenebrosa. Por el momento esas pruebas son nulas. Nos tacharían a todos de fantásticos y visionarios, si afirmásemos que una entidad secreta mundial maneja en la sombra los hilos de las vidas más importantes del globo... y corta esos hilos cuando le conviene.

—Dios mío, es alucinante..., aterrador —jadeo Brian Barry—. ¿Cómo está seguro de su existencia?

—Ya se lo dije. Un simple error confirmó nuestros temores y sospechas. Tenemos datos, indicios. Una a todo eso lo que captó Mofta Bey en El Cairo, a través de su radio de aficionado y comprenderá que es cierto. Él supo interpretar, como habituado que estaba a traducir códigos de radio, el mensaje cruzado entre dos células de la organización. Y supo que el plan consiste en matar a Dayan en Israel... y aquí, en Alejandría... a Yasser Arafat, a Feisal, de Arabia Saudí, y al Sha de Persia. ¿Comprende las consecuencias de todo eso, si se llevase a cabo, señor Barry?

—La guerra... —jadeó, Brian—, La guerra total...

—Eso es. Mutuas acusaciones, beligerancia, represalias sangrientas... y la guerra.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué la organización se interesa por una guerra?

—No, no. La organización solo se interesa por enormes sumas de dinero. Millones de dólares o de libras esterlinas o de lo que sea... a cambio de una ejecución. Es un sindicato. Obran por contrato. Ellos cumplen lo que un Gobierno o un grupo determinado, con suficiente dinero para pagarles, les pide. Son sólo ejecutores a sueldo. Sin partido ni color.

—¿Existen... existen evidencias de alguno de los asesinatos por contrato que hayan pedido cometer anteriormente? —la voz ronca de Brian temblaba en ese momento.

—Sí, señor Barry —suspiro el agente israelí—. Algunas de sus víctimas se llamaban... Dag Hammarskjöld, secretario general de las Naciones Unidas, muerto en Zambia... Patricio Lumumba, asesinado en el Congo...

Los Kennedy, ejecutados en su propio país, en Dallas y Los Ángeles... Luther King, pacifista de color asesinado también en Estados Unidos... Hombres que estorbaban a determinados intereses demasiado poderosos para no tener medios de deshacerse de ellos... Muertes que nunca, quizá, lleguemos a probar que las causó la organización... Y otras que aún son más recientes. Y otras que seguirán, en el futuro, si entre todos no lo remediamos, señor Barry...

—Es una historia alucinante —murmuró el periodista—. Nadie podría creerla...

—Naturalmente. Y nadie le creará, Pero usted iba a ser ejecutado porque les estorbaba. Usted, sin duda, había manifestado alguna vez que no creía en actos terroristas árabes o israelíes. Y eso, en una persona que, como usted, tiene millones de lectores es peligroso para la organización. Si usted pudiera dar la noticia..., sería quizá, el principio del fin para ellos.

—Si me convence, quizá la dé —afirmó Brian Barry, rotundo—. Correría el riesgo de pasar por loco, incluso... a cambio de difundir la secreta información. Una vez publicada, mi muerte ya no serviría de nada. Sólo para probar, quizás, que tenía razón...

—¿Se atrevería a hacerlo? —le brillaron los ojos vivamente a su interlocutor.

—Sí, señor Newman. Me atrevería... sólo con que obtuviese alguna prueba tangible de todo ese horror que me ha descrito...

—Espere un momento —buscó en su bolsillo. Extrajo una lámpara eléctrica singular, de negro vidrio, y unas gafas igualmente negras. Tendió, esto último, a Brian—. Póngaselas, por favor.

—¿Qué significa esto? —Brian tomó las gafas, observando que no veía nada a su través

—Esta lámpara es de luz infrarroja. Esos vidrios le permitirán ver lo que los infrarrojos revelan. Creo que la prueba será positiva...

Despojo de la chaqueta y la camisa a los dos hombres muertos sobre la alfombra de la habitación. Derramó sobre ellos la invisible luz. Brian miro. Lanzo una imprecación.

En luz infrarroja, era visible una especie de tatuaje en la piel de ambos hombres, idéntica en ambos. Eran unas siglas tatuadas con un tinte especial, azul lívido. Las deletreó:

—PASA... —recito lentamente.

—Political Assassination Secret Agency —recitó sombríamente Zachary Newman.

—Agencia Secreta de Asesinatos Políticos... —susurró. Barry, repitiendo las palabras del agente secreto de Tel Aviv—. Dios mío, parece cierto. Ese tatuaje... solo es visible con infrarrojos, para identificar a los miembros de tan espantosa hermandad del crimen...

—Exacto, señor Barry. No es por sí solo una prueba, pero...

—Pero unido a lo que ellos mismos confesaron, empieza a tomar forma —afirmó belicosamente Brian. Encajó sus mandíbulas y manifestó abruptamente—: Sí, señor Newman. No se preocupe. Voy a escribir esta misma noche esa noticia. Y la voy a enviar a Londres, bajo mi total responsabilidad. Si mañana se publica, todo el mundo va a sufrir su impacto. Y la organización, por mucho que sea su poder, no llegará a tiempo de evitarlo.

—No esté muy seguro, amigo mío —suspiró el israelí, ceñudo. Miró a

los dos cadáveres, y dibujo una media sonrisa sardónica—. Está bien, de todos modos, puede intentarlo... con mucho cuidado previo, no vayan a peligrar de nuevo usted y la señorita Kelly..., aunque yo y otros agentes como yo vigilan ya, para evitar peligros. Entre tanto, me desharé de esos cadáveres sin que nadie lo advierta... Mucha suerte, señor Barry.

—Gracias —murmuró Brian, pensativo—. Creo que voy a necesitarla, si quiero que esa noticia vea la luz. Antes, quiero preguntarle algo: ¿Y el secuestro de David Goldwyn?

—Forma parte del complot de la organización. Pero no sabemos hasta qué punto... Recuerde que mucha gente importante y rica forma parte del Consejo de Administración de esa Sociedad de Crimen. El propio Goldwyn podría haberse secuestrado a sí mismo, para obrar libremente y sin sospechas... si él fuese, realmente, uno de los dirigentes de la PASA...

CAPITULO VIII

Despertó pronto aquella mañana.

No había conciliado muy bien el sueño, tras redactar minuciosa y duramente su reportaje cumbre quizá. Lo envió por telex a Londres. Recibió la confirmación de haber sido recibido y pasado a redacción. Esperaba que esa misma mañana viera la luz, en primera plana, revelando al mundo una verdad escondida desde hacía muchos, demasiados años.

Su sueño había sido desigual e inquieto. No podía olvidar el ataque de los dos asesinos, la intervención del hombre de Tel Aviv, la sangre en la alfombra, los cadáveres desaparecidos gracias a los recursos de aquel providencial auxiliar surgido en la noche...

Una serie de horribles pesadillas habían alterado su sueño. Y muy de mañana, Brian Barry estaba ya en pie, fumando un cigarrillo, y tomándose dos aspirinas para combatir el insistente dolor de cabeza que le asaltaba.

Lo primero que miró fue hacia la alfombra. Ni el más perspicaz hubiera captado la más leve huella de manchas de sangre. Un producto químico especial, manipulado por Zachary Newman, había dejado el suelo sin añal alguna reveladora de lo sucedido aquella noche allí. Y ahora, sólo Dios sabría dónde estaban los cadáveres de los dos asesinos a sueldo, miembros del supersindicato internacional del crimen político.

—Crimen político... —mascullo entre dientes, mientras se aseaba en el cuarto de baño—. Oh, Dios, que horrible sistema de deshacerse del que estorba, por importante que sea... Basta una suma, la que fije la organización... y expertos excepcionales se ocupan de cumplir el «encargo»... Diabólico y terrible. Así está funcionando el mundo hace años, sin que nadie lo sepa. Así se producen magnicidios, atentados, falsos accidentes aéreos, supuestos golpes de Estado con la muerte de un dirigente político que estorba a otros...

Salió del cuarto, ya aseado. Empezó a vestirse, dando vueltas en su cabeza a todo aquel cúmulo de ideas confusas y dramáticas, que el agente israelí había abierto ante él como un sangriento abanico que explicase todos los grandes crímenes políticos de las últimas décadas.

Y, de repente, vio el rectángulo blanco.

No estaba allí un poco antes, mientras cruzaba la alcoba, camino del cuarto de aseo. Durante los últimos minutos, alguien lo había introducido por la rendija de la puerta, sin producir ruido alguno.

Estaba sobre la alfombra. Junto a la puerta de entrada a su habitación. Caminó rápido, nada más. abotonar sus pantalones. Se inclinó. Era un sobre en blanco. Lo tomó. Ni siquiera llevaba su nombre escrito en el exterior.

Rasgo el sobre con un raro y feo presentimiento. Apareció un simple

papel blanco, vulgar y corriente. Ni siquiera se molestó en no tocarlo. Sabía que quienes enviaban esto eran expertos en muchas cosas. Se lo decía su instinto. No cometerían el torpe error de dejar huellas en el papel.

Sus ojos se fijaron en el texto impreso con rotulador azul intenso. Breve, seco, con mayúsculas. Todo le dio vueltas alrededor, y un sudor helado mojó su piel...

«SEÑOR BARRY:

»NO BUSQUE A ALLYSON KELLY. NO LA ENCONTRARA. NO INFORME A NADIE DE ELLO. SERIA PELIGROSO. SI ESCRIBE OTRA VEZ ALGO PARECIDO, MORIRÁN LOS DOS: ELLA Y USTED. Y NO RESOLVERÍA NADA.

«PASA.»

Ante sus ojos atónitos, las letras grandes y azules iban borrándose paulatinamente. Un minuto más tarde, no quedaba nada. Sólo el papel en blanco.

* * *

—Un telex para usted, señor Barry. Es urgente.

Lo tomó, con la mano más firme que le era posible, de manos del conserje. Caminó hacia el bar del hotel aparentando tranquilidad, con el mensaje transmitido por telex al hotel, temblando ligeramente en su mano. Empezaba a temer lo peor por todas partes.

Se detuvo en el mostrador. Su voz no era muy segura al pedir un brandy seco. Examinó el telex, tras aplastar un cigarrillo en el cenicero, y encender otro nerviosamente.

Las noticias continuaban siendo malas. Las peores del mundo.

«Director ordenó anular y prohibir tu artículo. Es una locura, un absurdo sin sentido. ¿Te encuentras bien o el sol de Egipto te ha ablandado el cerebro? Cuida lo que escribes. Este no es un magazine de ciencia-ficción. No insistas en tonterías así. Es una orden. Dilección muy molesta contigo. Lo siento. Saludos: *Donovan*, redactor-jefe.»

Para Ally, quizá era mejor así. La «bomba» no había llegado a estallar. Se le quemó la mecha y no detonó. Su artículo era una locura para todos. Un disparate. Se había arrojado a la papelera.

¿Quizá su propio director era uno de «ellos»? ¿Habían existido fuertes «presiones» sobre el caso? ¿Cómo averiguaron los mensajeros el texto de su crónica? ¿Telex interceptado? ¿Espionaje en el servicio del hotel, en el exterior, en Londres acaso? Todo era posible. Absolutamente todo. Se

había enfrentado a un monstruo invisible que tejía su tela de araña en torno a todo y a todos. Un monstruo de mil cabezas y un millón de brazos...

—Dios mío —resopló, angustiado, apurando de un trago su brandy—, ¿Qué va a suceder ahora? Goldwyn, Allyson... esa conferencia política, sus personalidades acaso en peligro... y yo.

—¿Preocupado, amigo Barry? ¿O acaso con demasiada sed por la mañana? —preguntó la burlona voz.

Se volvió, algo irritado. Otra vez aquel hombre... Suave, apacible, surgiendo cuando menos se esperaba... Contempló los vivaces ojos negros, el fez sobre los cabellos rizosos, el rostro enjuto y cetrino, la amable sonrisa, como impresa en el rostro.

—Oh, buenos días, comisario Kebir —saludo, distraído. Procuro que su tono fuese firme, sin un temblor—. Confieso que un brandy no es el mejor desayuno, pero después de las emociones de estos días, estoy necesitando un estimulante eficaz...

—No me cabe duda, Barry —asintió afablemente el policía cairota. Ni siquiera le estaba mirando ahora—. Ayer, apenas bebí algo. Le estuve observando. Y hoy... Bien, creo que todos estamos un poco nerviosos últimamente. lo cual resulta lógico. Yo, de todos modos, me conformare con tomar algo más suave. Un té, por favor, camarero...

Kebir elevó los ojos. Miró a Brian, enarcando las cejas. Hizo un comentario aparentemente trivial y como al azar:

—No he visto a la señorita Kelly todavía. Me dijeron que salió del hotel con unos amigos, pero creí que volvería pronto... ¿Conoce usted a sus amigos en Alejandría tal vez, amigo Barry?

—¿A sus... amigos? —Brian procuró mostrarse sereno, lleno de calma, de indiferencia—. Oh, sí, sí. Creo que deben ser esos muchachos de Liverpool, los Baker. Hacen turismo en Egipto...

—En ese caso, todo está bien —suspiró Kebir—. Los jóvenes que acompañaban a la señorita Kelly eran, ciertamente, ingleses. El conserje del hotel no se equivoca en esas cosas... Ni mis hombres tampoco. Iban riendo y charlando amigablemente. Por eso no les preocupó. Hicieron bien, ¿no es cierto, Barry?

Brian hubiera jurado que la mirada del policía egipcio era demasiado inquisitiva. Pero procuró mantenerse firme, dueño de sus nervios, y se encogió de hombros, sonriente.

—Oh, sí, comisario —admitió—. Hicieron perfectamente, no lo dude...

Pero interiormente, pensaba de muy distinto modo. Y daba vueltas al asunto: ingleses, jóvenes, todos riendo y charlando como amigos... ¿Iría drogada Allyson? ¿La habrían engañado de alguna forma? Aquella gente era escalofriante. Parecían capaces de hacer todo fácil. Aun lo más complicado. Llegarían adonde se lo propusieran. Siempre tenían la gente

idónea para cada misión. No era posible luchar contra algo así.

Kebir tomaba a lentos sorbos su té sin azúcar, con aire abstraído. De repente, sin mirar a Brian, comentó suavemente:

—Ah, una cosa... El señor Goldwyn ha aparecido.

—¿Qué? —Brian pegó un respingo. Le miró, perplejo—. ¿Está... muerto?

—¿Muerto? Oh, no —sonrió suave el policía. Luego añadió—: Está sano y salvo, a bordo de su yate... Parece ser que su rescate se tramitó rápido, sin darnos detalles a la policía. No le ocurre nada. Y, desde luego, se niega a hablar del asunto rotundamente. Imaginé que le interesaría la noticia, amigo mío.

—Sí, claro —Brian pagó las dos consumiciones. Luego, bruscamente, se excusó—: Perdone, comisario. Tengo muchas cosas por hacer esta mañana. Luego nos veremos.

—Oh, por supuesto. Buenos días, Barry. Nos veremos sin duda en el palacete de la conferencia internacional, a las doce... Hoy llega Yasser Arafat en persona.

Brian se estremeció. Salió del bar con paso rápido, elástico. Se detuvo en conserjería sin preguntar nada. Miró el casillero de Allyson. Allí estaba su llave colgada. Y nada más.

Llegó a la puerta soleada del hotel. Una voz suave y aterciopelada habló cerca de él risueñamente:

—Madrugador te veo, Brian... ¡Ya sabes lo de Goldwyn?

—Sí —alzó la cabeza. Contempló la hermosura rubia y poderosa de Britt Ullman, pensativo. Estaba espléndida, con sus *shorts* blancos y su blusa dejando ver el estómago—. ¿Tienes un reportaje exclusivo sobre eso?

—David y yo somos buenos amigos. Pero me temo que lo pueda obtener ninguna exclusiva. En cuanto permita aproximarse a la gente a su persona, le lloverán las entrevistas. Ahora no permite entrar a nadie en su yate, salvo que sea persona de mucha confianza... Por cierto, Brian, ¿has pensado ya en mi oferta?

—Sí —afirmó Barry bruscamente—. Y acepto.

—¿Quéee? —ahora, a Britt se le dilataron los bellos ojos diáfanos, de azul celeste. Le miró sin dar crédito a lo que oía—. Supongo que bromeas, ¿no, querido?

—En absoluto. Dame por despedido de mi periódico londinense. Soy tuyo... periodísticamente hablando, claro. ¿Satisfecha?

—Hum... Feliz. Por algo se empieza —le miró, riendo con cínica frivolidad—. Te prepararé los contratos en seguida. Luego firmaremos. Espero que seas mío por mucho tiempo... periodísticamente hablando, claro. Al menos, por el momento...

Y con un gesto sensual, se inclinó, acarició la mejilla de Brian y besó

su boca, alejándose luego con un alegre taconeo hacia el interior del hotel.

—¿Taxi, señor? —le preguntó un taxista nativo a Barry, cuando el joven reportero londinense cruzaba la calle, abstraído en sus hondas preocupaciones.

—Sí, gracias —aceptó la oportunidad, subiendo rápido al coche.

Iba a echarse atrás, cuando vio a alguien sentado en su interior, pero esa persona le invitó sonriente, saliendo del rincón en que se acurrucaba:

—No, no. Suba, señor Barry, por favor... Le estaba esperando.

Subió. Se sentó junto a Zachary Newman, el agente judío. El taxista emprendió la marcha, inmutable. Brian miró a su compañero. Le informó escuetamente:

—Allyson Kelly ha desaparecido. Se la llevaron dos jóvenes ingleses, al parecer de buen grado. Pero recibí un mensaje. Ya no existe. Su tinta era de una especie que se borraba con el contacto con el aire... La raptaron. Debo callar, o morirá. Mi periódico rechazó mi artículo. ¿Qué hago, Newman?

—No sé... —musitó el israelí, ceñudo—. Sabía lo de la señorita Kelly. No pudimos evitarlo. Todo estuvo muy bien planeado y ejecutado. Debieron engañarla o drogarla.

—Es lo que yo pensé. Goldwyn está libre. Ha vuelto a su yate.

—También lo sé. ¿Piensa ir a verle?

—Sí. Estoy decidido. Aunque sea un jefe de esa gentuza mal nacida, Newman.

—No pierda la calma. Debe mantenerse dueño de sí mismo, si quiere conseguir algo. Esta tarde es la conferencia cumbre. La que debe importarles. Hay varios hombres sentenciados a morir. No podemos permitir que eso ocurra, o será el mundo un volcán, en erupción. Lo mismo que le ha pasado en Londres, nos pasará en todas partes. Será la guerra. El caos. Muchos fabricantes de armas y magnates de acero, van a hacerse fabulosamente ricos. Y muchos militares belicistas se sentirán felices. Entre todos habrán provocado esto, pagando a la PASA. Pero nadie nos creerá a usted ni a mí, Barry. Por tanto, hay que evitar lo peor.

—Pero ¿cómo? —se exasperó Brian—. Estoy atado de pies y manos. Supongo que todos lo estamos. Y Allyson peligra...

—Claro que peligra. No hay duda que usted resulta para ellos muy peligroso, no sé por qué motivo. Y quieren tenerlo controlado, ya que no muerto. Allyson es su rehén. Pese a todo, hay que hacer algo. Y pronto. Ella no puede estar lejos. No habrá salido de Alejandría, ni siquiera esté quizá fuera de una reducida zona. No correrán riesgos hasta que el atentado político sea un hecho, con todas sus consecuencias. Barry, ha dicho que va a ir a Goldwyn...

—Sí. Eso es lo que voy a hacer.

—Muy bien. Tengo una cierta idea que me da vueltas en la cabeza, a la vista del informe de mis colaboradores. ¿Sabía usted que Allyson Kelly, cuando abandonó esta mañana el hotel, en compañía de sus jóvenes amigos, llevaba su cámara cinematográfica, unos *shorts* y una blusa deportiva? ¿Qué le sugiere eso?

—Cielos... Aire libre, deporte... ¡El mar! —Barry miró excitado a Newman, que asintió, pensativo—. El club náutico quizá...

—Quizá. Hay que apurar ese punto. De modo que haga o que pensó. Vaya a ver a Goldwyn en su yate. Trate por todos los medios de que le vea. Y luego...

CAPITULO IX

—¿Se ha vuelto loco, Barry? —David Goldwyn contempló con estupor a su visitante. Parecía no dar crédito a lo que veía—. ¿Me está acusando de algo?

—Quizá. señor Goldwyn —asintió Brian secamente—. No nos conocemos mucho, salvo de otros encuentros en lugares donde, nuestra profesión nos hizo coincidir.

Pero su secuestro no me ha convencido mucho.

—Además de ser secuestrado, además de pagar tres millones de dólares a mis raptos por recuperar la libertad... ¿dice usted que mi secuestro no le convence, y que anda usted detrás de... de una presunta organización mundial a gran escala, que es responsable de todos los asesinatos políticos más importantes de los últimos años! ¿Se ha vuelto loco, Barry, o quiere volverme a mí?

—Señor Goldwyn, el asunto es muy grave para bromear o pretender enloquecer a nadie —le replicó fríamente Brian—. Sé muchas cosas. Muchas más de las que usted imagina, no lo dude. Y voy a hablar con la policía egipcia. Y con los servicios secretos israelíes, si es preciso. Tengo un cerebro que me sirve para algo. Ahora que usted está libre, Allyson Kelly, una joven amiga mía, ha sido secuestrada. Me amenazan con asesinarla si hago algo. Pese a todo, lo voy a hacer. Me lo juego a una carta, caiga quien caiga. Pero no estoy dispuesto a que Yasser Arafat, el Sha y Feisal de Arabia Saudí, caigan asesinados hoy en Alejandría.

—Pero... pero ¿qué está diciendo? —aulló Goldwyn, atónito—. ¿Oye usted a este hombre, mi querido Terence?

—Sí, señor Goldwyn —afirmó fríamente el rubio atleta—. Si me permite, puedo hacerle salir de este yate inmediatamente. Nunca debió permitirle entrar en él...

—Imaginé algo muy distinto cuando dijo que era cosa de vida o muerte vernos personalmente —resopló de mala gana el magnate de la televisión americana. Miró con dureza a Brian—. Será mejor que se marche por sí solo, Barry, antes de que mi secretario tenga que arrojarle de aquí por la fuerza... Y lo haré, no lo dude un momento.

—Espero que no lo intente, señor Goldwyn —afirmó bruscamente Barry con belicosidad—. Estoy dispuesto a soportar lo que sea, pero usted sabrá que existe una organización llamada Political Assassination Secret Agency, que del mismo modo que ejecuto a los dos Kennedy, a Luther King y a otros, se ocupará ahora de esos prohombres árabes y...

El rubio, vigoroso Terence Howard, saltó sobre él como un tigre, ávido sin duda de llevar a cabo la expresión del inglés por medios violentos.

Goldwyn se limitó a contemplar masivamente la escena en su camarote, con ojos glaciales.

Brian Barry recibió a su adversario. Se enzarzaron en un abrazo férreo. Terence quiso golpear a Barry. Lo logró, pero éste también le replicó con un seco impacto. Inesperadamente, Terence Howard, pese a su fortaleza y músculos... se desplomó a los pies de Brian.

—Maldito obstinado —masculló Goldwyn, apresurandose a ponerse en pie, para llamar en su auxilio a otros tripulantes del lujoso y amplio yate—. Voy a hacer que...

—No, señor Goldwyn —cortó Barry con frialdad. Le encañonó inesperadamente, con una automática provista de silenciador. No lo haga. Es un consejo. Vengo dispuesto a todo.

—Va... va armado, Barry... ¿Qué significa esto? Sin duda ha perdido usted la razón... —jadeó el magnate de la televisión—. Su comportamiento es inaudito.

—Lo sé—suspiró Brian secamente. Señaló a Terence Howard—. ¿Cree usted que su caída obedece a la fuerza de mis músculos? Bien sabe que no. Me deshice de él... así.

Mostró su otra mano. En ella aparecía una fuerte jeringuilla hipodérmica de metal. La agito antes de tirarla a una papelería, con una sonrisa glacial. Goldwyn pestañeó.

—¿Que le hizo? ¿Es, acaso, una droga, un narcótico?

—Es una droga fulminante, muy especial —asintió Barry—. La usan ciertos agentes secretos. No sólo adormece en el acto, sino que poseo una mezcla de pentothal sódico y otro «suero de la verdad» de nueva fabricación. Puede ser muy útil a veces, señor Goldwyn. Escuche a su secretario, si lo duda... Terence Howard, ¿eres el amante de Belinda Tors, a espaldas de tu jefe?

—Sí —musitó el dormido, apaciblemente—. Lo soy.

Goldwyn miró sorprendido a su secretario. Luego, a Brian Barry. Pareció enfurecido.

—¿A qué conduce todo esto? —se exasperó—. Está mezclándose en mi vida íntima, en mi...

—Howard —prosiguió impertérrito, Brian Barry—. ¿Es David Goldwyn miembro de la Political Assassination Secret Agency?

—No —negó el rubio secretario, sin moverse, sin despegar sus párpados siquiera.

—¿Lo eres tú acaso? —preguntó Brian al azar.

—Sí —fue la imprevisible respuesta—. Lo soy. Miembro activo. Colaboro con el jefe de la PASA en el Mediterráneo... Y con el alto jefe que nos enviaron de América para este golpe en Alejandría...

Goldwyn pestañeó ahora, estupefacto, palideciendo. Brian Barry le miró

duramente, con una breve risita.

—Bien, señor Goldwyn. Y ahora... ¿qué me puede usted decir? —murmuró.

David Goldwyn no dijo nada. Absolutamente nada.

* * *

Britt Ullman subió la pasarela de a bordo. Pisó la cubierta de su yate. Sorprendida, clavó, sus ojos en el hombre apaciblemente sentado en una hamaca de la cubierta, bajo un toldo de colores radiantes al sol de Alejandría.

Eran exactamente las once de la mañana. Más allá de los gallardetes multicolores del club náutico, eran visibles las unidades de guerra egipcias, patrullando en el Mediterráneo, Britt Ullman abrió mucho sus bellos ojos azules.

—¡Brian! —exclamó, complacida—. ¿Tú a bordo, querido? No tengo aún el borrador de nuestro contrato, ni creo que ahora haya tiempo para ello, pero podemos firmar después de la primera sesión de trabajo de la conferencia. Falta sólo una hora para que comience. Yasser Arafat acaba de llegar, al aeropuerto de Alejandría, según ha informado la radio...

—Y tú vienes a cambiar tu deportiva indumentaria por otra más acorde con la ocasión, ¿no es cierto, Britt? ¿O prefieres que te llame «querido jefe»?

—Habrà tiempo de eso —rió ella, mirando en derredor con el ceño levemente fruncido, al no ver sino a Brian en cubierta—. Tengo que vestirme de prisa. ¿Me esperas?

—Sí. Te espero. Ya no tengo nada que hacer... salvo ir a esa conferencia, Britt —suspiró Barry apaciblemente—. Ah, por cierto... Ally viene con nosotros, claro.

—¿Ally? ¿Te refieres a tu amiga inglesa? —le miró, perpleja—. No la vi esta mañana aún...

—Ahí está—dijo con indolencia Brian, señalando a su espalda—. Nos aguarda, Britt.

La escandinava giró sobre sí misma con brusquedad, sobresaltada incluso. Era cierto. Allyson Kelly, con su inseparable cámara tomavistas en la mano, sonreía, erguida en cubierta, junto a la puerta de acceso a los camarotes, vestida con *shorts* y blusa deportiva. Era menos exuberante y poderosa que Britt. Pero quizá más femenina y delicada.

Una rara palidez se entendió por el rostro de Britt Ullman. Se apoyó en una barandilla.

—No entiendo... —susurró.

—¿No entiende? —habló Allyson fríamente—. No puedo creerlo, señorita Ullman. ¿O prefiere que la llame... Jefe de PASA en la costa

atlántica de Estados Unidos?

Ahora, la lividez de Britt fue ostensible. Osciló sobre sus tacones. Miró con forzada sonrisa a Brian.

—Esto... —susurró—. Esto supongo que no tiene ningún sentido...

—Sí, Britt. Lo tiene. Y tú lo sabes. Howard ha confesado. También tus hombres de a bordo. Y Allyson está ahí. Libre. Fuera del camarote de la bodega donde la habías dejado encerrada, ¿recuerdas? Todo se ha derrumbado para ti. Y espero que sea el final de tu siniestra organización.

—Eso es un puro disparate. No sé lo que estás diciendo, Brian. ¿Quién te creará esas tonterías?

—Nosotros, señora, aunque quizá nunca llegue a hacerse pública, en los diarios —dijo una fría voz desde alguna parte.

Ella, acorralada, giró, la cabeza hacia otro punto. Allí descubrió a los dos hombres: el comisario Mohamed Kebir, de la policía egipcia... y el agente secreto Newman, de Israel. Ambos extrañamente unidos por una vez, colaborando juntos en el mismo terreno. Ambos asomando por otra puerta, arma en mano, mirándola fríamente.

¿Qué... qué significa...? —jadeó Britt Ullman, convulsa, tambaleante sobre sus hermosas y desnudas piernas bronceadas.

—Significa su final, señorita Ullman. Hay suficientes pruebas a bordo: telex, medios de interceptar otras líneas de telex, documentos, emisora de radio... Todo bien oculto, como imaginábamos, en camarotes secretos, disimulados en la distribución de a bordo. Tenemos medios de detectarlo. Todos sus hombres están abajo, bien reducidos... Incluido otro de sus fieles esbirros, el guapo actor cinematográfico Edmond Nichols, miembro de la PASA también. Sabemos que usted es solo una célula del gran cuerpo del monstruo. Pero es el principio...

—Cómo... cómo pudieron descubrirlo todo? —musitó ella, abatida.

—Barry actuó a nuestro servicio —explicó Zachary Newman—. El obtuvo la confesión de Terence Howard. Sabíamos que algún yate tenía el secreto. Era la perfecta base para una operación de comando. De no ser el de Goldwyn... era el suyo, dado que un jefe americano de la organización estaba aquí. Alguien con medios, con dinero, con recursos abundantes... Goldwyn o usted. Y era usted. Hallada la señorita Allyson Kelly, todo estaba resuelto. Ella la había visto a usted, porque el plan era eliminarla y no importaba lo que viese. El comisario Kebir sabía de mi presencia aquí, aunque lo ocultaba. Y no descuidaba la vigilancia de todos nosotros. Es muy astuto. Muy eficiente. Incluso uno de sus hombres pudo seguir a los falsos ingleses que engañaron a la señorita Allyson Kelly, trayéndola al club náutico, en una canoa, con el pretexto de que Barry la esperaba aquí... y supimos así, sin lugar a dudas, que este era el punto clave del asunto: el embarcadero. Lo demás ha sido fácil.

—El resto no les tan fácil. Ni podrán impedir que hoy ocurra lo que ha de ocurrir —manifestó fríamente Britt Ullman, despojándose de toda apariencia humanizada—. Nosotros jamás dejamos de cumplir una misión encomendada.

—Esta vez, sí dejarán de cumplirla... —suspiró cansadamente el comisario Kebir, sacudiendo la cabeza—. Mis hombres quitaron ayer en los hoteles las cámaras tomavistas y fotográficas a todos los turistas y reporteros... supliéndola por otras *exactamente* iguales. ¿Sabe lo que eso significa, señorita Ullman?

Ahora, Britt palideció intensamente. Sus ojos le miraron con estupor infinito.

—¿Pero... pero como pudo usted saber... ¡saber que...? comenzó, ahogándose.

—No. No sabíamos nada. Fue una simple medida pre autoría mía. Así hallamos una cámara tomavistas, *exactamente igual* a la de la señorita Kelly, incluso con sus iniciales grabadas, A. K., en poder suyo, señorita Ullman. Solo que dentro de esa cámara tomavistas había un mecanismo especial, para control y detonación de un explosivo poderosísimo, de cabeza nuclear, hurtado recientemente en una base militar de Estados Unidos... Naturalmente, el dispositivo ha sido desmontado, y se ha utilizado su frecuencia de onda y sus datos para construir otro idéntico que ANULE toda posible percusión de la cabeza nuclear, oculta en alguna parte del palacete, donde ahora los contadores Geyger actúan a toda marcha para localizarla... Así que, al raptar a la señorita Allyson Kelly y como imaginé, que sería su juego, no lograron absolutamente nada. Porque ahora mismo se busca a una mujer que sea EXACTAMENTE IGUAL a Allyson Kelly. Al menos, lo bastante igual para haber engañado a alguna distancia al señor Barry. Y esa mujer, con su cámara tomavistas, debidamente autorizada a través de su buen amigo, el señor Barry, hubiese penetrado en la zona adecuada para detonar el explosivo hoy...

Varios policías egipcios salieron de detrás de los dos hombres, acercándose a Britt Ullman. Ella se vio rodeada y esposada. Se mordió el labio, ensombrecida. Miró con odio a Brian Barry.

—Lástima —murmuró—. Hubieras hecho carrera en mi cadena de publicaciones, Brian...

—Al menos, no te falta el sentido del humor —comentó fríamente Barry.

* * *

—Y ahora que se salvó la paz mundial..., ¿de regreso a Inglaterra, Brian?

—Sí, querida —salvó Barry. sentándose junto a Allyson en el avión de las

líneas aéreas egipcias, tras despedirse de Newman, que se iba de Egipto en otro avión. sin que nadie, salvo el comisario Kebir conociera su real identidad. Agitó su mano al comisario Kebir, a través de la ventanilla. El egipcio respondió a su saludo cordialmente—. De nuevo a Inglaterra. Ahora, juntos los dos. Y espero que para no separamos ya más, querida.

—Eso suena a declaración de amor y todo —rió ella suavemente.

—Y lo es, Ally, lo es —confesó Brian, inclinándose y besando sus labios.

El avión despegó de El Cairo. Rumbo a Inglaterra. Rumbo al futuro.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE
M. L. ESTEFANIA**

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

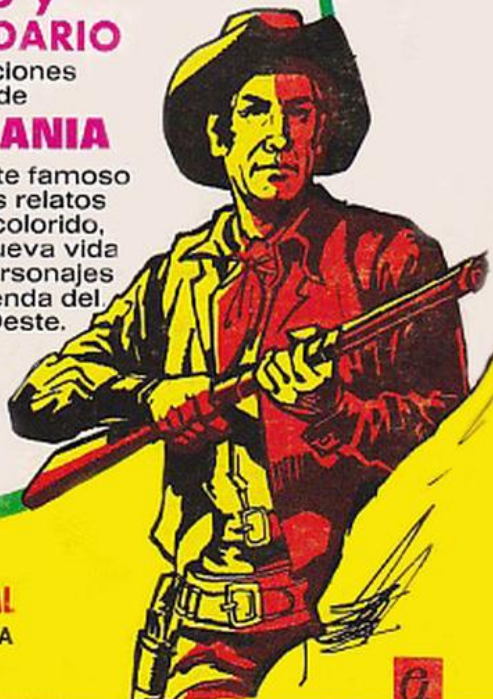
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Notas

[←1]

Museo de Tel Aviv, especialmente destinado a pinturas de autores hebreos, y que también cuenta con una amplia biblioteca de poesía judía de todos los tiempos, muy peculiar e interesante. Se halla situada en el centro urbano de la capital israelita.

[←2]

«¡No hay más dios que Alá! ¡Alá es el más grande!»

[←4]

Mayflower. Nombre del barco que trasladó el primer contingente de emigración de Europa, rumbo a Estados Unidos, para iniciar allí una nueva vida como pioneros de la futura nación americana.